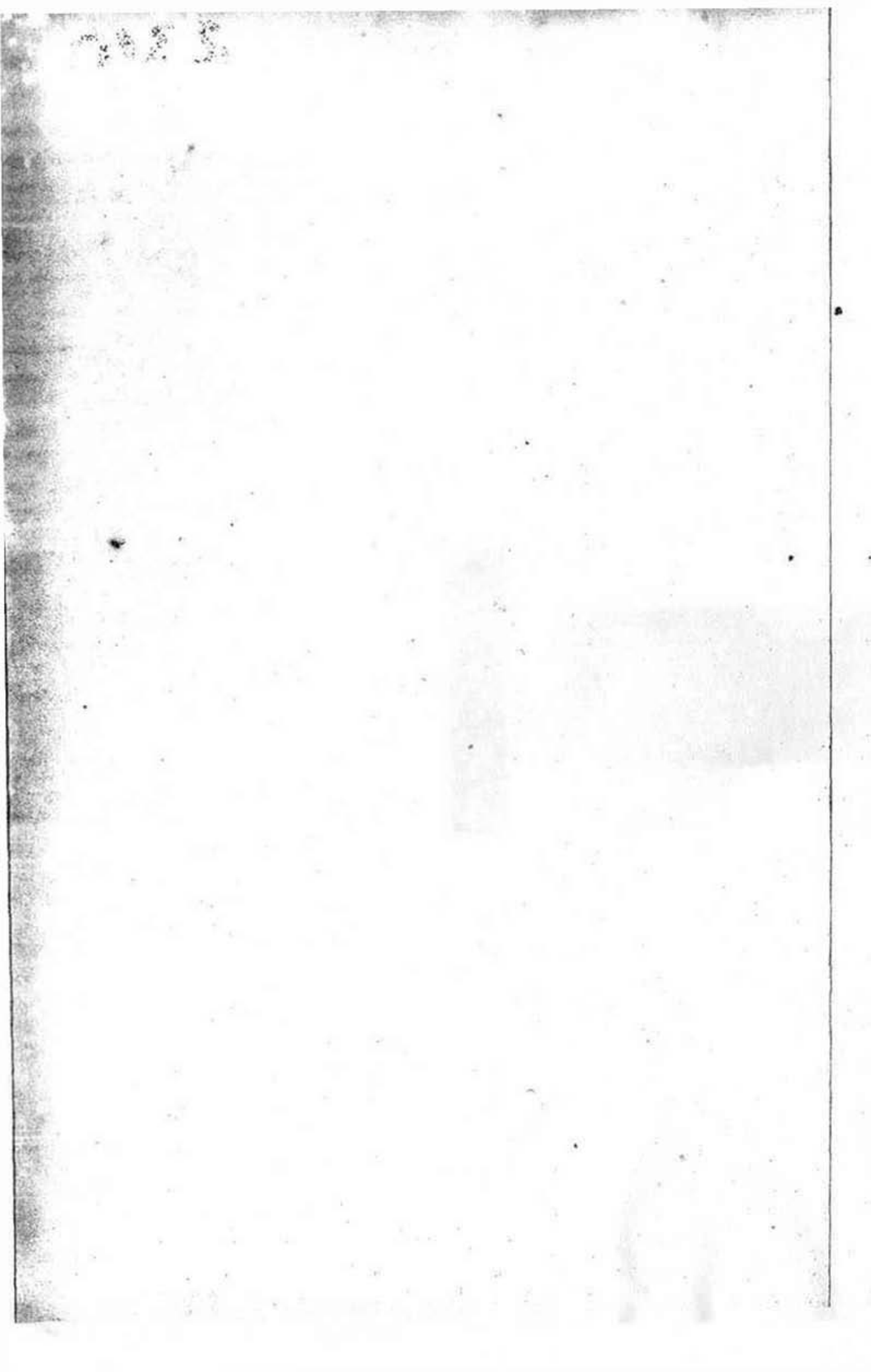


2310

EL LOTO BLANCO

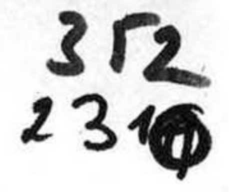
MENSUARIO TEOSÓFICO

ÓRGANO DE RELACIÓN ENTRE LOS TEÓSOFOS
ESPAÑOLES E HISPANO-AMERICANOS

1931

TOMO XV AÑO XV

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 954
BARCELONA
(ESPAÑA)



ÍNDICE DE 1931

2310

Sr. Pedro Sprinberg

EL LOTO BLANCO

MENSUARIO TEOSOFICO

SUMARIO

AÑO XV Núm. 169 ENERO 1931

Enero 1931 Núm. 169



EL LOTO BLANCO

MENSUARIO TEOSÓFICO

Órgano de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde a sus autores y a los traductores en las traducciones.	Toda la correspondencia, giros, suscripciones y colaboración al Apartado 954. Barcelona - España.

A TODO EL MUNDO

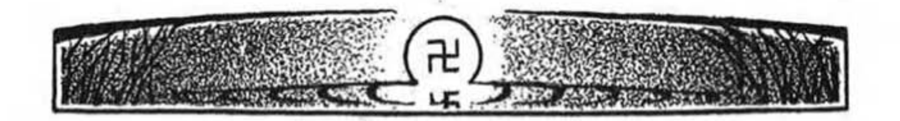
Al entrar EL LOTO BLANCO en el décimo quinto año de su publicación, quiere ser parco en promesas y prolífico en obras de vigorosa renovación e impávido adelanto en su misión firmemente mantenida de ser el infatigable defensor de la Teosofía en España, y órgano de fraternal relación entre todos los teósofos de habla española.

Para seguir cumpliendo cada año con más vivos deseos de acierto el propósito que desde un principio nos animó y del que creemos no habernos desviado, contamos en el de 1931 con la continuada labor de sus redactores y con la colaboración de cuantos se dignen honrarnos con trabajos de índole científica, literaria y artística, además de la doctrinal de carácter puramente teosófico.

Las páginas de EL LOTO BLANCO estarán siempre abiertas a todas las producciones de la mente humana, reflejo de la divina, sin prejuicios ni parcialidades ni sectarismos, con amplio espíritu de tolerancia, mientras correspondan en su forma y fondo al hermoso apotegma agustiniano: *In necesariis unitas; in dubiis libertas; in omnia charitas.*

A todos nuestros favorecedores les recomendamos la conveniencia de convertirse en propagadores de nuestra Revista, que sin miras de lucro, antes bien con espíritu de abnegación y sacrificio, quiere, debe y puede seguir siendo el heraldo hispano-americano de la Divina Sabiduría.

LA REDACCIÓN



La Sociedad Teosófica, la Teosofía y Krishnamurti

A los miembros que abandonan la Sociedad Teosófica

Mucho se ha hablado de la crisis actual de la Sociedad Teosófica. Para mí, esta crisis, como todas las que ha pasado ya la Sociedad, es sólo una crisis de crecimiento. De ella ha de salir más fortalecida y pujante, porque sus miembros se habrán decidido en la lucha que ahora sostienen consigo mismos.

Atribúyese la crisis de ahora a las ideas y enseñanzas que Krishnamurti va sembrando por el mundo, y que han recogido antes que nadie los teósofos. Pero, a mi juicio, este antagonismo que muchos ven entre las ideas de Krishnamurti, por un lado, y la Teosofía y la S. T., por otro, es puramente ilusorio, y se debe a un análisis pocó profundo de las cosas.

Hay que tener en cuenta, en efecto, que Krishnamurti habla al individuo; está absoluta y exclusivamente concentrado en el individuo. Su enseñanza es una inmensa exaltación del hombre, es una continua incitación para que éste busque en sí mismo, y no en parte alguna fuera de él, toda verdad y toda comprensión. De aquí que prescinda por completo de teorías que el individuo corriente no puede comprobar por sí, de organizaciones, religiones, ceremonias y autoridades. Para él lo fundamental es que el hombre sea perfectamente libre, pues sólo con esta libertad y por medio de la experiencia es como podrá crecer, desarrollarse, encontrar la verdad y, en fin, llegar a ser uno con la vida total.

Y no cabe duda que esto tiene que ser así. Si sólo por medio del esfuerzo individual es como hemos de encontrar la verdad, ¿de qué podrá servirnos en nuestro progreso espiritual que nos adhiramos a una religión, secta u organización cualquiera, o que acatemos la autoridad de otro a quien consideremos como superior? No nos servirá absolutamente de nada si no hacemos *por nosotros mismos* el esfuerzo que se requiere. Es decir, el mero hecho de pertenecer a la Sociedad Teosófica, como el hecho de

ser cristiano, budista o masón, no implica en manera alguna el progreso espiritual del individuo, ya que ese progreso depende de él, y de nada más. La cosa está perfectamente clara.

Pero de que Krishnamurti prescinda de organizaciones, autoridades y teorías como cosas no esenciales para el desarrollo espiritual del hombre, han deducido algunos, con notoria falta de lógica, que las verdades y leyes de la Naturaleza han dejado de ser tales; y que las organizaciones, y en particular la S. T., deben desaparecer por innecesarias. Y así, llegan a perder su entusiasmo por la Teosofía, dudan de la reencarnación, del karma, de los Maestros, y terminan por separarse de la S. T., (quiero creer que temporalmente).

Y yo me pregunto : ¿qué tendrá que ver una cosa con otra? El hecho de que Krishnamurti no explique la mecánica de la reencarnación, ¿puede alterar la evidencia de que el hombre no consigue llegar a la perfección espiritual en el corto espacio de una vida? El hecho de que no hable de las complejidades del karma, ¿puede suprimir la eterna ley de equilibrio o de acción y reacción de la Naturaleza? El hecho de que no quiera decir nada de los Maestros, con objeto de eliminar en lo posible toda autoridad, ¿puede anular la ley de evolución, según la cual él que ha vivido más debe saber más? El hecho de que crea que las organizaciones no producen el progreso espiritual del individuo, ¿significa que la S. T. no sea algo utilísimo en el mundo, y que deba desaparecer? No; evidentemente no.

Krishnamurti, en el cumplimiento de su misión—que no es otra que exaltar al individuo para que éste, buscando en sí mismo, llegue a ser perfectamente libre—ha de prescindir en absoluto de toda teoría. Si tratara de imponer una teoría, una religión, un dogma, con ello crearía otra autoridad; y precisamente lo que él trata de hacer es librar de autoridad al hombre. Ha de hablar, pues, de hechos que sean *reales* para todos, porque él habla para todos, no para unos cuantos. Muchos teósofos imaginaron que Krishnamurti hablaría al mundo en términos teosóficos, y al ver que no era así sufrieron una decepción. Ahora vemos claro que Krishnamurti, para conseguir el objetivo que se ha propuesto : la verdadera libertad del hombre, no puede hacer otra cosa que lo que hace; no puede manifestarse de otra manera. Y, sin embargo, y como no podía menos de suceder, Krishnamurti no sólo no ha contradicho ni uno de los verdaderos fundamentos teosóficos, sino que como él mismo ha afirmado alguna vez, la Teosofía es el fondo de su enseñanza. Busquemos lo que une, no lo que separa, y pronto se desvanecerá ese antagonismo que han querido ver algunos entre la Teosofía y las ideas de Krishnamurti.

Volvamos a los miembros de la S. T. que se han separado de ésta por haber perdido entusiasmo, por empezar a dudar de las enseñanzas teosóficas en vista de que Krishnamurti no habla de ellas concretamente, y dice en cambio que los teósofos (como los no teósofos) sólo se han apoyado en la autoridad de otro. Si esos ex-miembros se han separado de la S. T. porque *han dejado de creer* en las enseñanza teosóficas, acaso, desde ese punto de vista, han hecho bien en abandonar la Sociedad, pues, en efecto, se apoyaban en la autoridad de otro; creían por autoridad.

La prueba de las enseñanzas teosóficas no se consigue únicamente leyendo libros o escuchando conferencias; es preciso *vivir* esas enseñanzas o esas «teorías», como ha dicho Krishnamurti hablando de la reencarnación. Cuando se viven, dejan de ser toorías para convertirse en realidades; no son ya cosas *en las que hay que creer;* son *algo que no puede ser de otra manera.* Si comprendemos, por nuestra propia experiencia de la vida, que el verdadero objeto de la existencia es que el individuo llegue a la perfección, que llegue a ser uno con la vida entera, a incluirlo todo en sí mismo, nos daremos cuenta inmediatamente de la imposibilidad de que esto se efectúe en el breve espacio de una vida, de que el salvaje pueda convertirse en hombre perfecto en 60 u 80 años. Y entonces la reencarnación no nos aparecerá ya como una teoría; la veremos como una necesidad absoluta de la Naturaleza. De igual modo, si observamos atentamente la vida en todas sus manifestaciones, tanto físicas como mentales, morales. etc., y nos damos cuenta de que sólo por medio de la experiencia podemos progresar, y de que únicamente nos será útil esa experiencia siendo responsables de nuestros actos, la ley de karma nos aparecerá, no ya como una teoría, sino como algo completamente real. Y si comprendemos de este modo la evolución humana, y vemos que hay individuos muy por debajo de nosotros en la escala evolutiva, automáticamente nos daremos cuenta de que es preciso que existan seres muy superiores a nosotros, por la sencilla razón de que han vivido antes. Y entonces los Maestros no serán ya una mera hipótesis; serán una necesidad evidente. Y si vivimos la fraternidad, si no somos egoístas, inconsiderados y crueles, sino bondadosos, comprensivos y tolerantes con todo el mundo, veremos con toda claridad la realidad inmensa que hay en la fraternidad humana y en la fraternidad universal.

Así, *viviendo* las ideas teosóficas llegarán a ser completamente reales para nosotros; de este modo llegaremos a esa *realización* de que hablaba van der Leeuw en el último Congreso de Ginebra. Y entonces no dependeremos ya de la autoridad o de la *revelación* de otro.

Ha habido miembros también que, a pesar de continuar siendo teósofos, han abandonado la S. T. porque a su juicio se habían cometido errores y las cosas no marchaban como debieran ir. Actitud ésta respetable, como todas, pero en el fondo no muy lógica tampoco. Si tenían amor por la Sociedad y querían corregir sus defectos, ¿cómo habrían de conseguirlo mejor, con su actitud negativa de abandonarla, o con la positiva de actuar dentro de ella? ¿Cómo habían de ayudar marchándose cuando más falta hacían?

En mi sentir, la crisis actual de la S. T., determinada por la falta de interès en los miembros por la organización, se debe principalmente a que no existe una verdadera comprensión de lo que es y significa en el mundo la S. T. Es evidente que, como dice Krishnamurti, no encontraremos la verdad por medio de las organizaciones; pero no lo es menos que hay organizaciones que hacen una obra muy útil, y que no deben desaparecer. Sería absurdo que por el hecho de que ningún instructor puede dar la liberación espiritual al individuo, cerráramos todas las escuelas con el fin de que los niños tuvieran plena libertad para aprender por sí mismos. Pues un absurdo parecido es perder interès en la S. T. o pretender que ésta desaparezca, por el hecho de que las organizaciones no dan la liberación. Porque hasta ahora nadie había dicho, que yo sepa, que el objeto de la S. T. fuera dar la liberación a los miembros.

Es muy cierto que el procedimiento por excelencia de perfeccionar el mundo es que cada cual procure su propio perfeccionamiento. Pero esto no quiere decir que los hombres laborando juntos y en armonía por un noble ideal no puedan conseguir resultados apreciables. Tal sucede con la S. T., cuyo objetivo básico es, como todos saben, la fraternidad universal. Claro está que la primera condición para establecerla en el mundo es que los teósofos sean fraternales; pero ¿cómo dudar que un objetivo de esa índole se conseguirá mejor trabajando conjuntamente, como organización, que separados? Además, la S. T., por el carácter que le dan sus otros dos objetos, y aun el primero, es por lo menos una escuela científica y filosófica de enorme importancia. No cabe, pues, dudar que su desaparición sería una grave pérdida para la humanidad.

Pero todo esto, aunque de gran trascendencia, entraña solamente lo que pudiéramos llamar el aspecto externo de la S. T. Porque hay otros objetos ocultos que, en conexión con los primeros, hacen de la S. T. algo de importancia única para la evolución humana. Prescindiendo del carácter de escuela iniciática que tiene la S. T., y dejando a un lado también los objetos que pudiéramos

llamar transitorios o episódicos, cuales son, por ejemplo, la preparación de la humanidad para la llegada del Gran Instructor, la preparación de la 6.ª raza raíz, etc., que pudieran ser más o menos discutidos, hay otro—que me atrevo a suponer que no lo ha de ser tanto—de carácter permanente, y que en mi opinión constituye la primordial y verdadera razón de ser de la S. T. Este gran objeto oculto es simplemente servir de centro radiante de energía espiritual, de energía positiva o «blanca» que impulsa la evolución y así contrarresta y acaba por vencer la resistencia que opone la energía negativa o «negra» que actúa como elemento retardatario.

En el flujo y reflujo de estas fuerzas [1], y en su eterna pugna se desarrollan las civilizaciones y adquieren los hombres experiencia y comprensión. A todas las actividades de la vida humana, como de la vida universal, llega el antagonismo de estas fuerzas; mas por el momento nos circunscribiremos a considerarlo muy someramente en el orden político, que es, quizá, donde su manifestación resulta más clara y evidente para todos.

Con frecuencia el caos producido por los hombres en las naciones es tan grande que resulta difícil discernir en esa complejidad de los hechos la influencia de una y otra fuerza. Podemos, sin embargo, en general, y en una forma sintética o esquemática, determinar de la siguiente manera las características de una y otra cuando se manifiestan a través del poder en el gobierno de los pueblos:

El criterio positivo o blanco exalta al individuo, lo considera el todo, sabe que en él reside la divinidad, y, por tanto, que contiene todas las posibilidades y facultades en estado latente o en potencia; y sabe también que todas esas posibilidades han de desarrollarse plenamente por la experiencia y la libertad, y no de otra manera. Las consecuencias de aplicar este criterio son: régimen de libertad, gobierno benévolo y tolerante, respeto máximo al individuo, facilidades para que éste se desarrolle en todos los órdenes, progreso rápido y dignificación del hombre por la libertad, aumento del idealismo, florecimiento de la civilización, si no concurren circunstancias kármicas que lo impidan.

El criterio negativo o negro considera al hombre como algo inferior, como algo que contiene en sí el pecado y el gérmen de toda maldad, por lo que hay que dominarlo y someterlo sin reparar en medios para que no cometa errores. Y las consecuencias de aplicar este criterio al gobierno son: régimen de opresión y de

---

(1) Simbolizadas en el sello de la S. T. por los dos triángulos blanco y negro enlazados.

intolerancia, sometiendo al pueblo a una voluntad despótica respaldada por la fuerza, desprecio a la vida humana y a la dignidad del individuo, crueldades, restricción del pensamiento, ambiente de temor y de odio, persistencia de la ignorancia, y por último reacción en el individuo, en quien se despierta o resurge el ansia de libertad, lucha más o menos larga por conseguirla, hasta que al fin la alcanza.

Acaso no se ha dado en ninguna época de la historia el predominio puro y absoluto de una u otra tendencia. Desde luego no de la positiva, pues si consideramos las civilizaciones antiguas, aun en los tiempos más esplendentes de Egipto, Grecia o Roma, por ejemplo, encontraremos siempre, entre otras, las tremendas manchas negras de la esclavitud y de los grandes ejércitos dispuestos a someter al vecino débil; y en los tiempos modernos, aun en aquellas naciones en que más parece predominar el criterio positivo, encontramos también los grandes ejércitos y un régimen social que no es más que la transformación evolutiva de aquel otro de señores y esclavos. Pudieran en cambio citarse en casi todos los pueblos muchos períodos—como aquellos tenebrosos del siglo XVII, en que la Inquisición imperaba como dueña y señora de los destinos humanos—en que casi pudiera decirse que la tendencia negra dominaba por completo. En general suele haber más equilibrio entre ambas fuerzas en el estado actual de la evolución humana. Predominio blanco en algunas naciones liberales y democráticas; predominio negro en los de régimen autoritario. Y el equilibrio de ambas tendencias es tal, que en la medida en que una de ellas se debilita, aumenta y se fortalece la otra.

Pues bien, la S. T. es uno de los focos más importantes de energía positiva, uno de los instrumentos más poderosos de aquella Gran Fraternidad Blanca que lleva el gobierno espiritual del mundo. Mejor diríamos que es una serie de focos con su Sede Central, sus Secciones, sus Ramas, sus Grupos y sus miembros. Porque todos sus miembros, por el hecho de serlo, se han alistado en el bando blanco de esta gigantesca contienda, en el gran ejército de la luz, la comprensión, la libertad y el amor. Pero el poder de la S. T. y su influencia en el mundo dependen esencialmente de los miembros. Si éstos son numerosos y entusiastas, y, lo que es esencial, trabajan unidos, podrán crearse Ramas y Secciones fuertes por las que se manifestarán, no sólo la energía de los miembros, sino también aquella otra energía superior que está siempre anhelante de encontrar un medio de manifestación. En este caso quedará neutralizada una cantidad equivalente de energía negativa, lo que necesariamente repercutirá en la evolución general del país. Si los miembros son pocos e indiferentes, ni

llamar transitorios o episódicos, cuales son, por ejemplo, la preparación de la humanidad para la llegada del Gran Instructor, la preparación de la 6.ª raza raíz, etc., que pudieran ser más o menos discutidos, hay otro—que me atrevo a suponer que no lo ha de ser tanto—de carácter permanente, y que en mi opinión constituye la primordial y verdadera razón de ser de la S. T. Este gran objeto oculto es simplemente servir de centro radiante de energía espiritual, de energía positiva o «blanca» que impulsa la evolución y así contrarresta y acaba por vencer la resistencia que opone la energía negativa o «negra» que actúa como elemento retardatario.

En el flujo y reflujo de estas fuerzas (1), y en su eterna pugna se desarrollan las civilizaciones y adquieren los hombres experiencia y comprensión. A todas las actividades de la vida humana, como de la vida universal, llega el antagonismo de estas fuerzas; mas por el momento nos circunscribiremos a considerarlo muy someramente en el orden político, que es, quizá, donde su manifestación resulta más clara y evidente para todos.

Con frecuencia el caos producido por los hombres en las naciones es tan grande que resulta difícil discernir en esa complejidad de los hechos la influencia de una y otra fuerza. Podemos, sin embargo, en general, y en una forma sintética o esquemática, determinar de la siguiente manera las características de una y otra cuando se manifiestan a través del poder en el gobierno de los pueblos:

El criterio positivo o blanco exalta al individuo, lo considera el todo, sabe que en él reside la divinidad, y, por tanto, que contiene todas las posibilidades y facultades en estado latente o en potencia; y sabe también que todas esas posibilidades han de desarrollarse plenamente por la experiencia y la libertad, y no de otra manera. Las consecuencias de aplicar este criterio son: régimen de libertad, gobierno benévolo y tolerante, respeto máximo al individuo, facilidades para que éste se desarrolle en todos los órdenes, progreso rápido y dignificación del hombre por la libertad, aumento del idealismo, florecimiento de la civilización, si no concurren circunstancias kármicas que lo impidan.

El criterio negativo o negro considera al hombre como algo inferior, como algo que contiene en sí el pecado y el gérmen de toda maldad, por lo que hay que dominarlo y someterlo sin reparar en medios para que no cometa errores. Y las consecuencias de aplicar este criterio al gobierno son: régimen de opresión y de

(1) Simbolizadas en el sello de la S. T. por los dos triángulos blanco y negro enlazados.

intolerancia, sometiendo al pueblo a una voluntad despótica respaldada por la fuerza, desprecio a la vida humana y a la dignidad del individuo, crueldades, restricción del pensamiento, ambiente de temor y de odio, persistencia de la ignorancia, y por último reacción en el individuo, en quien se despierta o resurge el ansia de libertad, lucha más o menos larga por conseguirla, hasta que al fin la alcanza.

Acaso no se ha dado en ninguna época de la historia el predominio puro y absoluto de una u otra tendencia. Desde luego no de la positiva, pues si consideramos las civilizaciones antiguas, aun en los tiempos más esplendentes de Egipto, Grecia o Roma, por ejemplo, encontraremos siempre, entre otras, las tremendas manchas negras de la esclavitud y de los grandes ejércitos dispuestos a someter al vecino débil; y en los tiempos modernos, aun en aquellas naciones en que más parece predominar el criterio positivo, encontramos también los grandes ejércitos y un régimen social que no es más que la transformación evolutiva de aquel otro de señores y esclavos. Pudieran en cambio citarse en casi todos los pueblos muchos períodos—como aquellos tenebrosos del siglo XVII, en que la Inquisición imperaba como dueña y señora de los destinos humanos—en que casi pudiera decirse que la tendencia negra dominaba por completo. En general suele haber más equilibrio entre ambas fuerzas en el estado actual de la evolución humana. Predominio blanco en algunas naciones liberales y democráticas; predominio negro en los de régimen autoritario. Y el equilibrio de ambas tendencias es tal, que en la medida en que una de ellas se debilita, aumenta y se fortalece la otra.

Pues bien, la S. T. es uno de los focos más importantes de energía positiva, uno de los instrumentos más poderosos de aquella Gran Fraternidad Blanca que lleva el gobierno espiritual del mundo. Mejor diríamos que es una serie de focos con su Sede Central, sus Secciones, sus Ramas, sus Grupos y sus miembros. Porque todos sus miembros, por el hecho de serlo, se han alistado en el bando blanco de esta gigantesca contienda, en el gran ejército de la luz, la comprensión, la libertad y el amor. Pero el poder de la S. T. y su influencia en el mundo dependen esencialmente de los miembros. Si éstos son numerosos y entusiastas, y, lo que es esencial, trabajan unidos, podrán crearse Ramas y Secciones fuertes por las que se manifestarán, no sólo la energía de los miembros, sino también aquella otra energía superior que está siempre anhelante de encontrar un medio de manifestación. En este caso quedará neutralizada una cantidad equivalente de energía negativa, lo que necesariamente repercutirá en la evolución general del país. Si los miembros son pocos e indiferentes, ni

éstos ni las Ramas ni las Secciones podrán servir de centros adecuados para la radiación de energía positiva; y en este caso, la negativa actuará sin esa compensación.

Y así, cabría preguntar a los miembros y a los ex-miembros de la S. T. : ¿estáis seguros de no haber contribuído a producir graves perturbaciones en la evolución de vuestro país al debilitar la S. T. con vuestra actitud?; ¿estáis seguros de que la gran actividad y preponderancia que han tomado las fuerzas negras en muchos países no se debe en gran parte a la crisis actual de la Sociedad Teosófica?

Miembros ha habido que abandonaron la S. T. para dedicar su actividad a la política. A mi juicio las dos actividades son compatibles. Porque el éxito ha de conseguirse agregando energías, pero nunca restando, y menos a lo que acaso tenga una mayor importancia.

Es posible que desde el punto de vista de la vida una, afirmara Krishnamurti que todo esto de las fuerzas blancas y negras es una pura ilusión creada por la mente; y que lo que hay en realidad es comprensión y falta de comprensión. Para el caso sería igual; lo mismo da decir que luchamos por la comprensión, que a favor de las fuerzas blancas o por la libertad y la luz. Lo importante es que luchemos. Y a este respecto quiero citar aquí una frase suya contestando a una pregunta que yo le hice en ocasión de una entrevista que tuve con él en el castillo de Eerde el año 1929. Preguntábale yo cuál creía él que era el mejor procedimiento para acabar con la intransigencia que en materias religiosas existía en algunos países, como España. Y su contestación fué ésta : «*Luchad contra ese estado de cosas*». Su consejo no era, pues, que debiéramos retirarnos de la lucha para dedicarnos con toda tranquilidad al propio perfeccionamiento. No; su consejo era *que lucháramos*. En esa lucha es justamente donde hemos de encontrar la liberación.

Como se ve, Krishnamurti y el sentido común nos aconsejan que actuemos, que luchemos contra el estado de cosas actual en busca de otro mejor; no que nos inhibamos, no que dejemos que otros luchen, no que debilitemos un instrumento, acaso el más formidable, en esa tremenda pugna entre la luz y las tinieblas.

Pero en esa lucha de que hablamos, debemos tener cuidado sumo al discernir los medios y las armas que hemos de emplear. Jamás debemos olvidarnos de que nos hemos alistado en el bando blanco, en el bando de la luz, la comprensión, la libertad y el amor, cuyo ideal es precisamente conseguir que en el hombre desaparezca toda idea de bandos, de antagonismos, de separación. Por eso, nuestras armas sólo pueden ser la comprensión y el

amor, y únicamente éstas son las que hemos de oponer siempre ante el odio, la malquerencia o el ataque de que podamos ser objeto. No hay otro remedio; y si por acaso alguno de nosotros, cegado por la pasión, acudiera a otros procedimientos, recuerde que ello equivaldría a una deserción del bando blanco y a un apoyo a las fuerzas tenebrosas. De aquí la necesidad de que nos esforcemos en procurar que estas influencias no encuentren en nosotros el menor hueco. No hay otro remedio; como el Cristo de la famosa leyenda de Dostoiewsky «*El Gran Inquisidor*», hemos de llegar a besar con infinita comprensión, con inmenso amor aun a los que quieran quemarnos vivos. Sólo entonces llegaremos a ser dignos servidores de la Gran Fraternidad Blanca; sólo entonces llegaremos realmente a unirnos con la vida; sólo entonces nuestra acción carecerá en absoluto de reacción, y será la *acción pura* de que habla Krishnamurti. Sólo entonces haremos en verdad obra útil y crearemos en lo eterno.

L. G. LORENZANA

DE REBUS OCCULTIS

Bajo este sujestivo título abriremos desde el número próximo una interesantísima sección relativa a hechos ocultistas más o menos históricos o legendarios, cuyo conocimiento cuadra bien con el estudio teórico que preceder debería siempre a todo intento de práctica del tercer objeto de la Sociedad Teosófica, porque, como dijo Cicerón, «a las cosas ocultas y a cuanto con ella se relaciona, se denominó primitivamente *Filosofía*».

El primero de estos trabajos de *Jina Véspero* (pseudónimo de un gran hombre de estudio) aparecerá en el número de febrero, bajo el título de

El hipnotismo de la "princesa" Wisniewska

y a él seguirán periódicamente otros no menos emocionantes e instructivos.



EL 55º ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA S. T.

(Conferencia dada el 17 de noviembre 1930, en la reunión de Ramas residentes en Madrid).

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hace 55 años, el 17 de noviembre de 1875, se fundó en Nueva York la S. T., cuyo aniversario hoy celebramos.

Voy a narraros cómo ocurrió el hecho, tal como se relata en *La historia auténtica de la S. T.* del coronel H. S. Olcott, y en el libro de A. P. Sinnet *Incidentes en la vida de H. P. B.*

El afán de cosas maravillosas, fuertemente anclado en el espíritu de muchos m. S. T., que se quedan pasmados ante todo lo misterioso, ha hecho que se inventen fantásticas historias, que nos llevarían a aceptar que la S. T. fué creada de un modo casi milagroso, mediante apariciones de personajes tocados con turbante, que traían en mano los estatutos de la S. T., decretados y casi fulminados por unos seres superiores, que se llamaron y siguen llamándose los Maestros. Nada empero más lejos de la realidad. Es cierto, ciertísimo, pues así lo atestiguan muchas personas, entre ellas el propio coronel Olcott y A. P. Sinnet, que esos Seres excelsos existen, que han sido vistos, que han escrito cartas numerosas, hoy publicadas en dos volúmenes: El de C. Jinarajadasa, y el del albacea testamentario de A. P. Sinnet. Los Maestros existen; Ellos guiaron los primeros pasos de la S. T. Esta, nuestra soɔiedad, de Ellos sacó su inspiración y su fuerza. Los libros que sirvieron de enseñanza primera, como *El Budismo esotérico* y el primitivo *Isis sin velo* se basan en declaraciones, en inspiraciones y hasta en órdenes suyas que demuestran la existencia de una jerarquía interna, con sus jerarcas. No digamos nada de la Doctrina Secreta que, según cartas de los propios MM., tiene párrafos tomados al pie de la letra, dictados por MM. Pero, si bien *en lo interno,* la influencia y la dirección de los MM. son evidentes (a menos que se tome todo ello como un invento de H. P. B. y de los demás testimonios que se aducen), es lo cierto que en lo que concierne a la formación de la S. T., no ha habido intervención visible de ellos.

He aquí como nació la S. T. según dice el coronel H. S. O. en su obra *Old Diary Leaves*. Ya en 1871, H. P. B. había tratado de fundar una Sociedad Espiritualista en El Cairo, con una base *fenoménica*. Los fenómenos que se producían allí, con la ayuda de Paulos Metamon, que era un mágico copto y otro adepto, fueron asombrosos. A pesar de esto, el intento fué un fracaso, por falta de personas serias y dignas en aquella sociedad, y hubo que disolverla en medio del ridículo que se lanzó sobre nuestra fundadora.

Tres años más tarde, en 1874, en el mes de septiembre, el coronel Olcott, que se ocupaba en estudiar los fenómenos espiritistas que ocurrían en una granja de la villa de Chittenden en el Estado de Vermont, EE. UU., se encontró allí con H. P. B. que había ido para estudiar los fenómenos, al parecer, pero que, según dijo después, fué allí enviada por su Maestro, para encontrar al hombre que había de fundar, con ella, la S. T. que nos cobija.

Las apariciones que tenían lugar en aquella granja, hasta la llegada de H. P. B., eran de pieles rojas (la raza que poblaba antes el país), o de personas que conocían los visitantes. Pero, en cuanto llegó H. P. B., aparecieron figuras exóticas, como un mozo del Cáucaso, un comerciante musulmán de Tiflis, una muchacha rusa, y un jinete kurdo. También aparecieron un brujo negro y un tío de H. P. B., con otros personajes.

En noviembre de 1874, volvió H. S. O. a su residencia habitual de Nueva York, y continuó visitando a H. P. B. que vivía en aquella ciudad, en la plaza de Irving, n.º 16. H. P. B. dió en su domicilio varias sesiones espiritistas de velador, transmitiendo mensajes de varias clases, principalmente de una entidad que se hacía llamar John King, relacionada con la Kate King de W. Crookes, algunas veces, y que se decía era el alma que había animado al famoso filibustero Sir Henry Morgan, y que se presentaba en muchas de las sesiones espiritistas de aquellos años. Así pues, H. P. B. se aprovechó del interés que entonces despertaba el espiritismo, y dentro de él aquel personaje o entidad, para proclamar las verdades que ella traía la misión de divulgar, a saber: que aquellos fenómenos, no los producían en realidad espíritus de desencarnados, sino ella misma, por medio de poderes o facultades psíquicas que poseía y que posee *potencialmente* todo sér humano, y ayudada por las facultades aún más asombrosas, de adeptos o superhombres, que no hay necesidad de suponer desencarnados, pues, ¿no poseemos todos un espíritu inmortal? Y ¿no podemos separarlo a voluntad de los apetidos materiales y llevarlo a estados sobrehumanos de pureza y de poder? Ahí está la historia de todas las grandes religiones y de todas las acciones

heroicas, y de todas las grandes concepciones de la ciencia, para comprenderlo; puesto que existe la santidad, los santos de todas las fes; los héroes de todas las razas; y los sabios de todas las épocas. Y los grandes hombres que han dado origen a las Eras históricas, que han sido puntos de partida de civilizaciones, sean ellos Confucio, Hermes, Pitágoras, Buda, Jesús, Zoroastro o Mahoma, han tenido características de santos, de héroes y de sabios, sin necesidad de ser espíritus desencarnados.

Así pues, cuando H. P. B. logró convencer a los concurrentes de la realidad de sus fenómenos, vino para ella el momento de exponer la verdad, tal como ella lo hizo al fin, según lo explica en la siguiente nota que se encontró en uno de sus cuadernos íntimos de aquella época, y que dice así:

«NOTA IMPORTANTE

»Sí; siento decir que *tuve* que identificarme con los espiritistas, durante aquella vergonzosa manifestación de los mediums Holmes» (que hacían trampas, produciendo H. P. B. entonces fenómenos verdaderos que parecían de ellos, para salvar al espiritismo, mejor dicho, a los fenómenos espiritistas, del ridículo y del descrédito). «Yo, sigue H. P. B., tuve que salvar la situación, porque *había sido enviada desde París a América, con el fin de probar los fenómenos y su realidad y mostrar al paso el engaño de la teoría espiritista referente a los espíritus.* Pero, ¿cómo hacerlo? Yo no quería que supiera todo el mundo, que *yo podía producir las mismas cosas a voluntad.* Había recibido *órdenes* en sentido contrario... aunque tenía que ver el medio de conservar la confianza en la realidad y *posibilidad* de tales fenómenos... Por eso, escogiendo a unos cuantos de los fieles, fuí a casa de los mediums Holmes, y ayudada por el Maestro y su poder, evoqué de la Luz Astral, las fisonomías de John King y de Kate King, etc. etc...»

Sigue el coronel Olcott, en su libro, tratando de los prodigios y modos de realizarlos H. P. B. Y rompe también una lanza en pro de la pureza de la vida de esta incomprendida mujer, alma de ángel y corazón de león, acusada por algunos de haber sido la amante de Olcott y de varios otros hombres; aunque, en vista de los ataques, pocos años antes de morir, se hizo ella reconocer por un médico que declaró que no hubiera podido tener hijos a causa de una conformación especial del útero, y que era virgen intacta, a pesar de sus dos matrimonios, al parecer no consumados. El certificado, lo publicó la propia H. P. B.

Pero sigamos el relato. En mayo de 1875, se invitó a Olcott

a que organizase en Nueva York, con el concurso de H. P. B., un comité privado, bajo el título de *Club de los Milagros.* El plan consistía en formar una tertulia secreta a la que sólo podían asistir los miembros del Club, que se comprometían a no divulgar el lugar de las reuniones, y a que en las sesiones «todas las manifestaciones, incluso las materializaciones, habían de efectuarse a plena luz y sin gabinete aparte».

Ese intento fracasó por completo. Pero el 7 de septiembre de aquel mismo año, 1875, un año después de que se conocieran H. P. B. y H. S. Olcott., en una tertulia de amigos reunidos en casa de H. P. B., dió una conferencia uno de ellos, Mr. Felt, sobre *El perdido cánon de proporción de los egipcios.* Asistían, entre otros, H. P. B., H. S. Olcott, el italiano Sr. Bruzzesi, el Sr. Sotheran, Mr. Judge, un juez y su esposa, y el pastor protestante Wiggin. El conferenciante dijo, entre otras cosas, que él había descubierto en sus estudios, que los sacerdotes egipcios eran adeptos en ciencias mágicas, y que él había logrado dar con la clave de evocar los elementales. Después de su conferencia, se le dió un voto de gracias, y se siguió una animada discusión, en el curso de la cual, se le ocurrió a Olcott, que sería conveniente formar una sociedad *para proseguir y promover el estudio de lo oculto.* Esa fué la primitiva idea de la S. T.

Mr. Judge, después cabeza de la escisión de que se derivó más tarde la de Catherine Thingley, fué el primero que recogió la idea, proponiendo se llevase a cabo, y se nombrase presidente a Olcott, nombrándose secretario a Judge, a propuesta de Olcott. He aquí el germen de la S. T. Constituían el grupo, las personas dichas, con cuatro periodistas de revistas literarias y religiosas, un doctor en filosofía y letras, un sabio judío, un colaborador de un diario de Nueva York, el Sr. Massey, un abogado, la Sra. Hardingen y el Dr. Britten, otros dos abogados neoyorquinos, un editor, y un médico de fama. En total, veintitantas personas.

Al día siguiente, 8 de septiembre, en una nueva reunión, se dió forma al acuerdo, con asistencia de quince personas, nombrándose un comité de tres miembros, para que redactasen una constitución y reglamento de la sociedad que habían de presentar en la reunión siguiente, que había de efectuarse el 13 de septiembre. Tenía la naciente sociedad 16 miembros *formadores,* como los llama Olcott, puesto que la verdadera *fundación* sólo se logró al cabo de más de dos meses, tras muchos esfuerzos, en la fecha que hoy conmemoramos.

En la reunión del 18 de septiembre, a cuya fecha se aplazara la del 13, se agregaron algunas personas más; se nombró una comisión para buscar local, y se eligió el nombre que había de

tener la sociedad, el actual de S. T. La elección ocurrió de un modo prosaico, al tropezar en un Diccionario que se consultó, con la palabra «*Teosofía*». No hubo nada de fenómenos, como alguien ha dicho después.

El 16 de octubre hubo otra reunión, y el 30 de octubre otra en que se discutió el reglamento, votándose los cargos, eligiéndose a Olcott como presidente, con dos vice-presidentes, el Dr. Pancoast y Felt, Mad. H. P. B., como secretario corresponsal, un secretario, un tesorero, un bibliotecario, cinco consejeros y un abogado asesor, que lo fué W. Q. Judge.

Entonces se aplazó la próxima reunión para el 17 de noviembre, al objeto de celebrar la sesión inaugural, con el discurso del presidente y la lectura del preámbulo del reglamento que había de ser revisado, quedando constituída entonces la S. T.

El día 17 de noviembre de 1875, aniversario que hoy conmemoramos, se reunió la Sociedad en el local que se había alquilado para sus reuniones, en el número 64 de la Avenida Madison de N. York. Se leyeron y aprobaron las actas de la reunión precedente; el presidente pronunció su discurso inaugural que se acordó se imprimiera; se dió un voto de gracias al presidente, y la S. T. ya desde entonces constituída, fijó su siguiente reunión oficial para el 15 de diciembre siguiente.

«Así pues,—dice Olcott—la S. T. fué concebida el 8 de septiembre, y se inauguró el 17 de noviembre, después de un período de gestación de setenta días.

En 8 de marzo de 1876, a propuesta de H. P. B., se resolvió adoptar signos de reconocimiento entre los m. S. T. y para admisión a sus reuniones, que conocemos algunos de nosotros. También se estudiaron los emblemas del sello de las sociedades. Antes, en 12 de enero de 1876, se adoptó el procedimiento del secreto en cuanto se refiriese a las reuniones y trabajos de la Sociedad Teosófica. H. P. B. representaba en la S. T. el sentido oculto, secreto, íntimo, espiritual, que trató luego de plasmar en la E. S., que creó en 1889, dos años antes de morir. Entonces la S. T. la tenía casi abandonada en Londres, a causa de las calumnias del complot de los Coulomb en 1884 en connivencia con los misioneros de la India; y se temía por muchos que esto comprometiera a la S. T. dedicada desde entonces a un mero estudio intelectual de ciencias, religiones y filosofías, mientras H. P. B. predicaba la doctrina del corazón en su *Voz del silencio,* dedicada «a los pocos», y daba en el tercer tomo de D. S. retazos al parecer descosidos y a modo de rompecabezas, de un cuadro total del conocimiento que poseía, difícil o imposible de alcanzar en los libros al alcance de todos.

A. P. Sinnet en su libro *Incidentes en la vida de H. P. B.*, explica cuales eran los primitivos objetos de la S. T., que no eran desde luego los actuales, aunque puede decirse que aquellos abarcan y engloban a éstos. He aquí los primitivos objetos de la Sociedad Teosófica, tal como aparecen en la obra mencionada, pág. 144:

La S. T. se fundó para :

1.° Conservar vivas en el hombre sus intuiciones espirituales.

2.° Combatir y contrarrestar (después de detenida investigación y prueba de su naturaleza irracional), la gazmoñería en todas sus formas, ya se presente en forma de sectarismo religioso *intolerante,* o como creencia en milagros o en algo sobrenatural.

3.° Promover un sentimiento de fraternidad entre las naciones, y fomentar el cambio internacional de artes y productos útiles, aconsejando, informando y cooperando con todos los individuos y asociaciones dignas; con tal, en todo caso, de que la Sociedad *no cobre* beneficio ni tanto por ciento, por sus servicios sociales.

4.° Tratar de adquirir conocimiento de todas las leyes de la Naturaleza, y ayudar a difundirlo; y especialmente, fomentar el estudio de las leyes menos comprendidas por las modernas generaciones, y llamadas las ciencias ocultas. La superstición popular y el *folk-lore,* por fantástico que parezca, una vez tamizados pueden conducir al descubrimiento de secretos hace mucho tiempo perdidos, pero importantes, de la naturaleza. La Sociedad, por lo tanto, pretende perseguir esta línea de investigación, esperando ampliar el campo de la observación científica y filosófica.

5.° Reunir para la biblioteca de la Sociedad, y poner en forma escrita, informes exactos sobre las diversas tradiciones y leyendas antiguas; y a medida que *el Consejo* lo juzgue útil, difundirlo de modo práctico, por la traducción y publicación de obras originales de valor, y extractos y comentarios de las mismas, o por la instrucción oral de personas capacitadas en las diferentes materias.

6.° Promover, por todos los medios practicables, en los países que se necesite, la difusión de la educación no-sectaria.

7.° *Final y principalmente,* animar y ayudar a los miembros, en la propia mejora, intelectual, moral y espiritual. Pero ningún asociado utilizará egoisticamente ningún conocimiento que le comunique algún *miembro de la Primera Sección* (los MM.); castigándose con la expulsión, la violación de esta regla. Y antes que se comunique algún conocimiento de esta clase, la persona se comprometerá por un solemne juramento, a no utilizarlo para designios egoístas, *ni a revelarlo,* excepto con permiso del instructor».

Tales eran los fines de la S. T., según aparecen en el libro de A. P. Sinnett. «*Incidents in the life of Mme. Blavatsky*». Era, pues, una sociedad de personas estudiosas, espiritualistas, filantrópicas, tolerantes, universales, liberales y ocultistas. Se pensaba en los deberes y en servir.

Y agrega Sinnett que lo que H. P. B. se proponía en realidad era *comunicar al mundo en general algunas ideas referentes a la Doctrina Esotérica* o gran «Religión de la Sabiduría del Oriente»,—(sabiduría que comprende la ciencia tanto como la santidad)—objetivo que brillaba apenas en ese programa tan ámbicioso de sus asociados y discípulos; programa tan vasto, que es difícil se hubiera lanzado en otro sitio, pues conduciría a pretender la reforma y la dirección de todas las naciones del mundo; y tan sólo en los Estados Unidos es donde la magnitud de las empresas no parecen doblegar el valor de los que las promueven, ni conmover su sentido del ridículo.»

Así nació la S. T. y esos fueron sus principios y objetos. En ellos, como en toda sociedad humana, no todo han sido triunfos ni aciertos, No hay rosa sin espinas; y las coronas de laureles de la S. T., desde H. P. B. hasta nuestros días, han llevado tejidos con estos muchos abrojos. Como en toda sociedad humana, se verifica en ella la ley misteriosa del rebajamiento del primitivo impulso espiritual, tan certeramente indicado por mi amigo, el presidente del Ateneo Teosófico de Madrid, el Dr. Mario Roso de Luna : primero, el elemento más espiritual, un verdadero sacerdocio; después instructores de segunda mano y luchadores, guerreros; más tarde, acaparadores de riqueza, negociantes, *vaishiyas;* por último, elementos turbulentos y demagógicos, para para volver a empezar el ciclo, si ello es posible, por aparecer figuras relevantes, lo que es difícil en ocasiones.

JULIO GARRIDO

Pesa continuamente una maldición sobre la vida del poeta y rodea siempre su tumba la bendición.

A. DE VIGNY

Creer que un enemigo débil no puede dañarnos, es creer que una chispa no pueda causar un incendio.

SAADI



El Derecho a la Libertad de Pensamiento

Por G. S. Arundale

Amigos bien intencionados, me han estado bombardeando últimamente con ejemplares del «Boletín Internacional de la Estrella», principalmente con el número correspondiente a Septiembre 1929, llamándome la atención sobre pasajes que ellos calculan de suma importancia, y algunos continúan el bombardeo preguntándome, claramente, cómo puedo seguir con mis actividades en la Iglesia Católica Liberal y en la Comasonería, sin atender las definidas afirmaciones de Krishnamurti sobre el nulo valor de las formas, ceremonias y organizaciones como ayudas para el desenvolvimiento espiritual.

Se me dice que no estoy con Krishnamurti y, por consiguiente, tampoco con el Instructor del Mundo; que estoy, consecuentemente, en contra de Krishnamurti y, como consecuencia, en contra del Instructor del Mundo. He sido pesado en la balanza y he resultado falto de peso. He sido juzgado y condenado. Aparezco casi como un renegado, un traidor : me he visto atacado por un periódico de La Estrella, con no poca virulencia, sin que en lo que a mí se refiere, del ataque haya habido defensa alguna por parte de ninguna de las autoridades de La Estrella. Y todo ello porque soy Obispo de la I. C. L., un movimiento que fué muy respetable en otro tiempo, y porque sigo desempeñando las obligaciones anejas a mi cargo, que afirmo haber recibido de Aquél que es la Cabeza de todas las Fes.

Aceptado. Estoy convencido de que esos bien intencionados amigos cumplen con lo que ellos consideran sinceramente su deber, no sólo en lo relacionado conmigo sino como obligación hacia la causa por la cual trabajan. Seguramente esperan poder ayudar a reintegrarme a la senda de la Verdad, de la cual me he apartado, según ellos calculan. Tal vez me haya apartado de ella, inconscientemente desde luego, pues mi sabiduría es limitada. Pero por mucho que hago, debo, sin embargo, confesar, no por orgullo sino con sinceridad, que no acierto a encontrar una desviación substancial de la senda por la que he marchado durante

muchos años y que, aun buscando ardientemente en el fondo de mi corazón, no encuentro razón para abandonarla sino antes al contrario, de seguirla con redoblado celo. Tal vez mis amigos aspiran a que cese de ser un obstáculo, por muy pequeño que sea, para que otros comprendan a Krishnamurti y así se unan a la Verdad.

Rehuso discusiones sobre estas cosas. No tengo intención de defenderme. Confio en que nunca me veré obligado a defenderme personalmente. Menos aún trato de justificarme. Nada se ha de añadir por mi culpa a la confusión reinante. Pero he de confesar francamente que la situación presente me preocupa. Por lo que a mi personalmente me atañe, no me siento preocupado, aunque sean varios los que crean que debiera estarlo. Ni tampoco me alarma el que algunos disientan ahora de organizaciones con las que estuvieron ligados, por haber llegado a comprender la Verdad de otra manera. Indudablemente hacen bien. Ni aun siquiera me preocupa el que Krishnamurti niegue enfáticamente la utilidad de las organizaciones a las que me esfuerzo en servir y a las que, segun mi apreciación, reconozco un valor espiritual bien definido.

Por lo que a mí respecta me encuentro muy feliz y completamente en paz, sin el rizado más ligero en el tranquilo mar de mi conciencia. No es esto decir que me siento en calma por encontrarme satisfecho de mí mismo. Muy largo es aún el camino que me queda por recorrer; pero siento la impresión de que lo recorro segura aunque lentamente. Tal vez me engañe en esto; pero, al mismo tiempo, ¿no debo ser yo el mejor juez para juzgarme a mí mismo?

Respecto a los que abandonan los movimientos que en otro tiempo juzgaron ayudadores, si su opinion presente es que ya no lo son y aun la de que puedan ser lo contrario, desde luego obran discretamente al abandonarlos. Son ellos solamente los que deben decidir si una forma está muerta para ellos y si, al reconocerla muerta, hacen bien en abandonarla. Ellos deciden sus asuntos como yo decido los mios. Y nada hay mejor que el que puedan vivir en completa felicidad.

Por lo que se refiere a Krishnamurti, estoy convencido de que sabe lo que debe hacer, y que hace lo que hace y dice lo que dice sin temor ni deseo de alabanza, interesado únicamente en que el mundo alcance su liberación.

Nada hay en todo esto que deba preocuparnos; al contrario. Y sin embargo, me asalta una inquietud al vislumbrar un grave peligro y es el de que nos separemos unos de otros por la sencilla razón de que no coincidamos en nuestros puntos de vista. Existe el grave peligro de que nos engriamos orgullosos de nuestra visión, al sentirnos diferentes de como otros van siendo; de condenar y compadecer a otros por su inexcusable ceguera, que se transforma en deslealtad, mucho más peligrosa que la misma ceguera. ¿No estamos en inminente peligro de erigirnos en jueces de los demás por el solo hecho de que no coinciden con nosotros en la estructuración de la vida? ¿Y no es esto enfrentar una ortodoxia con otra? ¿No queremos realzar fuertemente el valor de nuestra propia mercancía rebajando la mercancía de los demás? ¿No colocamos un juego de marbetes enfrente de otro juego distinto?

A pesar de haber defendido siempre, y de enérgica manera, mis propias convicciones, puedo afirmar que jamás he aceptado como buena la ortodoxia que exigiera, por ejemplo, la afiliación a la I. C. L. o a la Comasonería como una prueba de respetabilidad espiritual. Me consta que hemos pasado por esa fase y aun por algo más allá de esta fase. Hubo un tiempo en que se consideraba como condición «sine qua non», para el adelantamiento interno, conducente a una comprensión clara, el pertenecer a la I. C. L. o a la Comasonería. Y presumo que muchos que han trascendido ahora esas «limitaciones», se sentirán obligados a admitir que en tiempos no remotos encontraban en esos movimientos un contacto no despreciable con lo Real, cierta elevación y no escasa felicidad. Hubo un tiempo en el que no pertenecer a la Orden de La Estrella se consideraba de hecho, aunque no en principio, como demostración de una deplorable falta de intuición. Actualmente, el monopolio de la respetabilidad y de la ortodoxia, se ha retirado de la I. C. L. y de la Comasonería. La tiranía que en ellas se encarnaba, o mejor la tiranía de algunos de sus demasiado celosos defensores, se ha deshecho, por lo cual no les regateo elogio ni agradecimiento. Pero, ¿no se quiere reemplazar una tiranía por otra tiranía, por otra ortodoxia, por otra respetabilidad, por lo que tengo que denominar la ortodoxia del mismo Krishnamurti, aunque de modo indubitable, me consta que el primero en condenar la más ligera tendencia a rebajar sus enseñanzas en una forma cualquiera de culto, sería el mismo Krishnamurti? El grito de ahora es el de que permanecer adherido a un organismo dedicado a la ayuda del progreso espiritual monta tanto como la separación del Instructor del Mundo en vista de lo que Krishnamurti ha declarado franca y terminantemente. Equivale a la negación del Cristo.

Si no se reputa como traición consumada, se encuentra en el camino que lleva a ella. Una y mil veces he oido repetir estas afirmaciones.

No vengo a pedir ningún arreglo, ninguna reconciliación, ningún acople mutuo para llegar a la implantación de un «modus vivendi». No pido alianza alguna : no pido que trabajemos juntos: es posible que no podamos trabajar juntos.

Pero sí pido que seamos amigos, no solamente de nombre como afirmación vacía, sino de hecho. No necesitamos coincidir, no necesitamos trabajar juntos para sentirnos íntimamente amigos, amigos que se amen, buenos amigos. Pero, ¿es que no podemos continuar nuestras amistades fervorosas, siguiendo, sin embargo, nuestros diversos caminos, nuestros caminos divergentes, como parece que lo son ahora nuestros caminos? ¿No podemos tomar cada uno nuestras direcciones en paz, con mutuo respeto, con comprensión recíproca? ¿Por qué insistir contínuamente en que sabemos mejor que los demás lo que conviene mejor tanto a ellos como a nosotros? ¿Es justo que creamos que la piedra de toque de la rectitud de los demás sean nuestra conducta, nuestras creencias, nuestras convicciones? ¿Tenemos nosotros la última palabra de la Verdad?

¿No es hora ya de que algunos de nosotros lleguen a comprender que la diferencia de caminos, por muy señalada que sea, no implica diferencia en la distancia de la meta ni diferencia en la velocidad con que nos acercamos a ella? ¿No es hora de que comprendamos que no pueden fijarse por todos iguales valores, iguales de nominaciones a todas las cosas, y ni aun siquiera a alguna de ellas? ¿Puede considerarse como ofensa el no coincidir en las medidas o en la apreciación de los valores?

Si la adhesión a la Verdad lleva aparejados antagonismos y enemistades, afirmo entonces que la amistad y la benevolencia son preferibles a la Verdad. Si la adhesión a la Verdad tiene que determinar acritudes y sospechas de bajos motivos, afirmo entonces que la amistad y la benevolencia son preferibles a la Verdad. Si hay que llegar a la liberación a través de no poco orgullo y propio-contentamiento, afirmo entonces que la amistad y la benevolencia son preferibles a la liberación. Si el hollar el Sendero hacia la liberación puede producir ingratitud para aquéllos que ya no necesitan de ayuda, afirmo entonces que la amistad y la benevolencia son preferibles a la liberación. Si la libertad

y la vida envuelven el peligro del olvido de las amistades, olvido de los favores recibidos, olvido de las consideraciones debidas, afirmo entonces, que prefiero el recuerdo.

Desde el fondo de mi corazón protesto contra el «acorralamiento» de la Verdad, sea quien sea y sea cual sea el organismo que lo haga. La Verdad está en todas partes, en todas las cosas, en toda vida, en todas las formas, en todos los movimientos, en todos los organismos, en todas las personas. Tal vez haya, en algunos, más cantidad de Verdad; pero, ¿quién es el que puede estar seguro de aquilatar con exactitud esa medida variable? No existe forma sin su verdad como no existe vida desprovista de forma. No existe vida carente de su Verdad. Vida y forma son Verdad. La Verdad es libre. La Verdad es Universal. La Verdad es Completa. La Verdad es Ilimitable. Y todas las cosas van en busca de la Verdad : las cosas minerales, las cosas vegetales, las cosas animales, las cosas humanas y aun aquéllas que se encuentran por encima de todas éstas. La razón de la existencia de todas ellas es su persecución constante de la Verdad. Todos somos buscadores de la Verdad y no dudo en afirmar que sea cual sea la senda por la cual caminamos buscando por ella ardientemente la Verdad, seamos quienes seamos, por el mismo camino por el que nosotros marchemos en su busca, se apresurará ella a encontrarnos alegremente, exultantemente, atrayéndonos hacia Ella y conduciéndonos al interior del Santuario de su eterno Corazón.

¿Qué otra cosa puedo yo hacer sino ser leal a la Verdad en la forma en que me es dado comprenderla? ¿Qué otra cosa puede hacer cualquiera sino conservar su lealtad a la Verdad según la comprenda? ¿Qué más puede hacer Krishnamurti? ¿Qué más pueden hacer aun los más Grandes? Puede suceder que alguien esté en posesión de una Verdad más espléndida; puede que la presente ante nosotros para ver si conseguimos recibirla y convertirla en nuestra propia Verdad. Que cada cual proclame su Verdad ardientemente y con profunda convicción. Pero, ¿quién puede apreciar lo que yo asimilaré o no de ella? ¿Quién puede exigir de mí sino que la busque ardientemente y un decidido propósito de vivir la Verdad tal como yo la entienda? El adherirme, a la Verdad en la escasa capacidad con que me sea posible, no es distinto de la lealtad de los otros que la asimilen con más cumplida medida. El rebosar de la Verdad, sea esta la que sea, es más importante que el tamaño de la vasija, más que la calidad de la Verdad.

En resumidas cuentas : podemos sentirnos seguros de poseer la respuesta á aquella pregunta, sublime entre todas, que se atribuye haber sido hecha por Poncio Pilatos : «Qué es la Verdad?» El mismo Cristo, según parece, guardó silencio.

Puede ser que me halle muy alejado de la Verdad, pero voy en su busca con todas mis fuerzas y me atrevo a afirmar que la Verdad que creo haber encontrado me es preciosa y me anima a continuar en su busca sin apartarme de mi camino.

No importa que disintamos: debemos disentir. Pero disintamos en perfecta amistad, en perfecta comprensión, con profundo respeto, recordando y sabiendo que la Verdad vive siempre para sus hijos que la buscan y que aquéllos que en sinceridad buscan, en sinceridad encuentran. No exterioricemos con ostentación ni con llamativas manifestaciones nuestras diferencias : que no haya jaleo, ni orgullo, ni sentido de superioridad, ni babel de chismorreo anticaritativo, ni esgrima de rótulos, ni presentación de un marbete contra otro, ni acusación de que las joyas de los demás son pasta únicamente, por que así aparezcan en la opinión de un tercero. La Hipocresía es solamente pasta : la Pretensión es solamente pasta : la Insinceridad es solamente pasta. Toda joya que se ha atesorado con sinceridad y Verdad es, en realidad, una piedra preciosa.

Procuremos seguir, como sistema, nuestros senderos respectivos, en silencio, con tranquilidad, no con ruido ni con el griterío ni el deslumbramiento pomposo del autobombo y de la propia satisfacción. Donde nos sintamos llamados a exponer nuestra Verdad, hablemos de ella con completa seguridad, con profunda convicción, pero sin olvidar de conceder a los demás aquel respeto y libertad que todos tenemos el derecho y deber de disfrutar; ocupémonos de nuestros asuntos dejando a los demás el cuidado de atender a los suyos. No olvidemos que la vindicación del silencio es, en muchos casos, más poderosa que la vindicación de la palabra, aun siendo ésta muy elocuente, y que la vindicación de la cortesía es mucho más eficiente que la de las acusaciones por muy verdadera que pueda ser la materia denunciada. La vindicación suprema es la probada a través de la vida y no por meras palabras. Y generalmente, el abogado menos seguro de su causa, es el que busca su triunfo vilipendiando a aquéllos contra los cuales ha de hacer valer su oposición.



EL TIBET Y LA TEOSOFIA

(APUNTES DE UN FILÓSOFO)

Por el Dr. Roso de Luna

VII

Los seres superiores del Gobi y del Tibet

Por chocantes que parecer puedan los asertos contenidos en el epígrafe anterior, nada tienen en sí de «sobrenaturales» en el sentido que puede darse a esta vana palabra en Occidente, porque como dice H. P. B. en su Prefacio a *Isis sin Velo*, «nada hay sobrenatural en la Naturaleza, sino cosas conocidas y cosas aún por conocer». Criterio mantenido también por A. David-Neel, cuando dijo en una conferencia en el *Colege de France*: (1)

---

(1) Acerca de esta también excepcional mujer a la que tenemos que citar múltiples veces en el curso de estos apuntes, el Dr. D. Arsonval, miembro de las Academias de Ciencias y de Medicina, profesor del Colegio de Francia y presidente del Instituto general de Psicología, dice en el Prefacio a la obra de aquella *Místicos y Magos del Tibet:* «Para muchos occidentales, el Tibet está envuelto en una extraña atmóstera. El «país de las nieves» es para ellos la patria de lo misterioso, de lo fantástico e imposible. A lamas, magos, hechiceros, necromantes y ocultistas de todas clases que moran en aquellas altas mesetas aislados del mundo por la misma naturaleza o por su propia voluntad, los atribuyen los mas superhumanos poderes, aceptando como verdades indiscutibles las más extrañas leyendas. Diríase que este país plantas, bestias y hombres pueden sustraerse a su antojo a las leyes mejor establecidas de la física, la química, la fisiologia y hasta el simple buen sentido.

«Es natural, pues, por ello que los investigadores entregados a las rigorosas disciplinas del método experimental no hayan otorgado a tales relatos más interés que el relativo y pintoresco que a los cuentos de hadas. Tal era el estado de mi espíritu hasta el día en que tuve la suerte de entrar en relaciones con la señora David-Neel. La célebre y valerosa exploradora del Tibet llenaba todas las condiciones físicas, intelectuales y morales que se pueden apetecer en un

«Todo cuanto de cerca o de lejos se relaciona con los fenómenos psíquicos en general, debe ser estudiado como otra ciencia cualquiera. No hay en ello milagros, ni nada sobre natural, ni que deba engendrar ni nutrir a la superstición. El adiestramiento psíquico razonado y científicamente conducido, puede conducir a los resultados deseables. Por eso los datos recogidos acerca de aquel adiestramiento, aún los practicados empíricamente basados en teorías a las que no siempre nos podemos someter, constituyen documentos utilísimos, dignos de toda atención.» Tal es el verdadero determinismo científico, tan distante del escepticismo como de la ciega credulidad.»

La misma autora añade en otro lugar:

«No obstante la inginiosidad desplegada por los tibetanos en su deseo de encontrar una explicación racional a todos los prodigios, algunos de estos permanecen incomprensibles, bien porque sean pura invención, bien por otras razones. Por ejemplo, ellos admiten que los místicos avanzados no tienen precisión de morir al modo ordinario, sino que pueden, cuando ellos lo deseen disolver su cuerpo de modo que no queden trazas de él.

---

observador consagrado a dichos problemas. Ella escribe y habla perfectamente todos los dialectos tibetanos y ha residido catorce años consecutivos en dicho país y sus comarcas limítrofes. Ella profesa el budismo y, se ha sabido granjear la confianza de los más elevados lamas. Su hijo adoptivo es un lama auténtico. La Sra. David-Neel, en una palabra, háse visto sometida a los aprendizajes y pruebas psíquicos de que habla, y ha llegado a ser, como ella misma asegura, una perfecta asiática en todo todo su modo de ser, cosa la más importante para explorar un terreno hastá aquí inaccesible a los observadores extranjeros.

»Esta asiática, esta completa tibetana, sin embargo, ha sabido continuar siendo una occidental, discípula de Cartesio y de Claude Bernard y practicando la duda filosófica del primero, que debe ser, en opinión del segundo, la base de todas las investigaciones del sabio. Así, desembarazada de toda idea preconcebida, no estando polarizada por ningún dogma ni doctrina, ha observado las cosas del Tibet con toda libertad y serenidad de juicio. En las conferencias que a ruego mío, ha dado en el Colegio de Francia (cátedra también de Claude Bernard, mi maestro), ha podido sentar como conclusión que «todo cuanto de cerca o de lejos se relaciona con los fenómenos psíquicos y a la acción de las fuerzas psíquicas en general, debe ser estudiado de igual modo que cualquiera otra ciencia. No hay en ello nada de milagro, nada sobrenatural, nada que deba engendrar o alimentar la superstición. El aprendizaje psíquico razonado y científicamente conducido puede llevarnos a los resultados racionales apetecibles. Por ello las observaciones recogidas respecto a semejantes disciplina, aún en los casos en que ésta sea practicada hoy de un modo empírico o bajo teorías a las que no nos vamos a someter, constituyen utilísimos documentos, muy dignos de la mayor atención». *Esto, como se ve, es el es verdadero método científico, alejado por igual del escepticismo que de la ciega credulidad.»*

»Cuéntase que Retchungpa, esposa de Marpa, se incorporó a su marido en el curso de cierta meditación. Semejantes tradiciones cuyos héroes vivieron hace siglos, se nos presentan como leyendas, pero el hecho siguiente es muy apto para interesarnos, tanto más cuanto que en lugar de producirse en un sitio solitario, el prodigio se dice realizado en pleno día, delante muchos testigos. Debo declarar que no me encontraba entre estos, cosa que deploro en alto grado. Mis informes proceden de gentes que me han afirmado unánimemente haber presenciado el fenómeno. El solo lazo que tengo con el milagro es que he conocido al que se dice héroe de él.

»Este último era uno de los guías espirituales del Tachi-lama, guía denominado Kyongbú rimpotché. Cuando residí en Jigatsé, era ya viejo y residía como eremita a algunos kilómetros de la ciudad, sobre la orilla del *Yesu Tsangpo* (Brahma-putra). La madre del Trachi-lama le tenía en alta veneración y durante el tiempo que estuve a su lado escuché de sus labios multitud de historias extraordinarias respecto del santo asceta. Se decía de él que, a medida que transcurrían los años la estatura del sabio y santo asceta disminuía, hecho al que los tibetanos atribuyen ser un signo de altísima perfección espiritual existiendo numerosas tradicciones de místicos-magos que, habiendo sido en su juventud de elevada estatura, se fueron reduciendo gradualmente a proporciones minúsculas, desapareciendo finalmente.

»Cuando se empezó hablar de la consagración de la nueva estatua a Maytreya, el Trachi-lama formuló el deseo de que Kyongbu-rimpotché procediese a la ceremonia, más éste declaró que él habría ya muerto antes de que la estatua fuese completamente terminada. El Trachi-lama, me dicen, rogó al eremita que retardase hasta entonces el momento de su muerte a fin de que pudiese consagrar el templo y la estatua. Se mejante pretensión podrá parecer harto peregrina a un occidental, pero ello está muy de acuerdo con la creencia tibetana de que los grandes místicos pueden escoger el momento de su muerte. El eremita, defiriendo al deseo de su discípulo el Trachin-lama, prometió oficiar el día de la consagración.

»Entonces, o sea un año después de mi partida de Jiyatsé, templo y estatua estaban terminados y se fijó la fecha para la inauguración. Llegado el día, el Trachi-lama envió una magnífica litera y una escolta a Kyongbú-ripotché para conducirle a Trachihumpo. Los hombres de la escolta vieron al eremita ocupar su puesto en la litera, la cual fué cerrada, comenzando la marcha.

»Durante este este tiempo, muchos millares de personas se habían congregado en Trachihumpo para presenciar la ceremonia

y cuál no seria su admiración cuando vieron todas llegar a Kyongbu-rimpotché solo y a pie. Atravesó el templo en silencio, se adelantó hacia la gigantesca estatua hasta tocarla y fundirse gradualmente en ella. Un poco más tarde los portadores de la litera seguidos de la escolta, llegaron, abrióse de aquélla... pero la litera estaba vacía. Desde aquel momento nadie a vuelto a ver al asceta.»

Fenómenos semejantes a estos acaecieron a H. P. B.:

De un interesante relato de Vera P. Jelihovsky, hermana de Blavatsky, copiamos: «Tengo de Helena otra carta escrita en 1881 desde Meerut, más allá de Allahabah, después de una grave enfermedad. Sus amigos iban a llevarla al campo cuando recibieron la orden de dejar los sitios transitados e internarla en la montaña. «Allí, encontraréis ciertos individuos—le dijeron—que os guirran a los bosques sagrados de Deoband». He aquí un párrafo de la carta que aquella me escribió tres semanas después: «Perdí el conocimiento—dice—, y no conservo recuerdo alguno más que el de que fuí llevada en palanquín hasta una gran cima. Me encontré luego acostada en una estancia espaciosa, tallada en la roca viva y completamente vacía a excepción de algunas de Buddha y de unos pebeteros que esparcían muy agradable perfume. Un anciano completamente blanco, se inclinaba sobre mi dándome pases magnéticos que sumían mi cuerpo en un bienestar indescriptible. Apenas si tuve tiempo de reconocer en él al lama Delo-Durgai, a quien había encontrado en el camino unos días antes y que me había dicho que nos volveríamos a ver. Luego caí en un extraño sueño y cuando desperté me hallé de nuevo al lado de mis amigos, ya sana de cuerpo como de espiritu.» Nunca fué permitido a sus amigos ingleses ni a los naturales que la siguiesen en tales espediciones misteriosas en que se suponía que iba a ver a algún ser superior. A pesar de esta convicción abrigada por los que la rodeaban, nunca nos descubrió que visitaba a sus Maestros. Sin embargo, en una de sus primeras cartas de 1879. relata la participación de uno de estos séres en uno de sus viajes con el coronel Olcott entre restos de antiguos templos.»

Caso análogo en punto a la existencia de los Jinas o Seres superiores citados con ocasión del país del Gobi o Shamano, es el siguiente, que también tomamos de *Místicos y Magos* del Tibet:

«Cierto día el príncipe Sidkeong tulku, Daling lama y yo conversábamos en el *bungalow* de Kewzing. La conversación recayó sobre los ascetas místicos. Con reconcentrado e impresionante entusiasmo el de ordinario impasible lama nos habló de su maestro, de la sabiduría de éste y de sus poderes supernormales. El príncipe experimentaba también la veneración que irradiaba de

las palabras de aquél. Además, a la sazón, acariciaba Sidkeong proyectos de matrimonio con una princesa birmana. «Lamento, me dijo en inglés, no poder consultar a un gran excelso *nadjorpa*, porque podría darme un buen consejo». Y después, dirigiéndose al *gomtchen* o lama, añadió: «Es una lástima que vuestro maestro no se encuentre aquí, porque tengo gran precisión de un sabio clarividente como él.» El *gomtchen* replicó con su frialdad habitual: «¿Es asunto grave...?» «Importantísimo», contestó el príncipe. «En tal supuesto, a caso podáis recibir de él la respuesta que deseais», terminó el *gomtchen*.

«Yo imaginé que se trataba de enviarle una carta-consulta por algún mensajero e iba hacer observar la enorme distancia que para ello habría que salvar hasta el Tibet oriental, cuando víme sorprendida por el aspecto extraño que acababa de tomar la cara del lama. Tenía él cerrados los ojos, estaba extremadamente pálido y su cuerpo se contraía. Traté, alarmada, de acudir en su socorro temiendo un accidente súbito, pero el príncipe me contuvo, murmurando: «No os mováis. El gomtchen cae con frecuencia en trance. Si violentamente le sacáis de él, puede enfermar y hasta morir.» Permanecí, pues, quieta, contemplando al hombre que continuaba en su estado de trance. Sus rasgos fisonómicos se habían cambiado, su vista se abrió tomando una expresión para mí nueva y sorprendente. El príncipe hizo un gesto de espanto. En efecto, el que en tales momentos teníamos delaete no era el lama de Daling sino otro sér perfectamente desconocido, quien, desplegando con gran esfuerzo los labios y con voz diferente de la del *gomtchen* exclamaba: «No os preocupéis del caso, pues es problema que no os será planteado jamás». Tras esto, cerró lentamente los ojos; se alteraron sus rasgos y de nuevo volvió a ser el lama de Daling con su fisonomía habitual. Reuyendo nuestras preguntas, se retiró en silencio tambaleándose y como desecho por la fatiga. «Su respuesta carece de sentido», replicó el príncipe. Sin embargo, por casualidad o por lo que fuese, el porvenir demostró que, desgraciadamente, tenía un sentido la respuesta. El problema que en efecto angustiaba al joven maharajá se refería a su prometida y a una cierta ligadura que él mantenía por otro lado con cierta jovencita de la que tenía un hijo, lazo que no quería romper casándose con la princesa birmana. El problema de tal duplicidad se resolvió por si solo: El príncipe murió antes de consumar el enlace proyectado.»

Para finalizar este epígrafe, y aunque no siempre estemos conformes con sus teorías ni su modo de ver los problemas de la Sociedad Teosófica, citaremos los siguientes conceptos de

C. W. Leadbeater, acerca de H. P. B. y de los Seres superiores o Mahatmas que con ésta se relacionaron.

«Al principio Mme. Blavatsky no hablaba tanto de los maestros como de «los Hermanos», y por este término quería expresar no sólo los grandes Jefes de la Jerarquía, sino sus servidores, los empleados, como si dijerámos, de los diversos departamentos, a quienes ella miraba como iguales, y los trataba más bien como ayudantes y amigos que como objetos de exagerada reverencia. Para su Maestro ella tenía siempre la mayor devoción, y le obedecía inmediatamente, pero había camaradas de niveles subalternos que a veces le ayudaban en la producción de los fenómenos que jugaron tan gran papel en los primeros tiempos de la Sociedad. Había un grave egipcio llamado Tuitit Bey; había un joven discípulo a quien ella llamaba Benjamin «el desherecado», un ser alegre y a veces amigo de bromear.

Yo creo que Mme. Blavatsky empleaba sus términos con menos precisión de que nosotros hemos aprendido a tener; nosotros ahora restrigimos el vocablo «Adepto» a aquellos que han pasado la quinta gran iniciación—la de Asekha—que señala el final de la evolución puramente humana; de hecho puede decirse que eleva al Arhat por encima de la humanidad, y que le hace definitivamente un superhombre. Pero yo he oido a Mme. Blavatsky hablar de «adeptos» que habian sido iniciados y adeptos que no lo habían sido—empleando evidentemente la palabra sólo en el sentido de uno bien impuesto en ciencia oculta—de igual modo que se pudiera hablar de un hombre como «adepto» ¡en el arte de peinar!

Nuestros Maestros, cuando nosotros tuvimos el honor de ponernos por primera vez en contacto con Ellos, eran ya Adeptos en el más alto sentido de la palabra—Adeptos Asekha—y por lo tanto, estaban en el nivel donde se les permitía tomar discípulos, si lo deseaban. A la pequeña proporción de Adeptos que tuvieron tal deseo es a los que verdaderamente corresponde el nombre de «Maestros»; y naturalmente, con ellos es con quienes hemos tenido contacto más íntimo. Algo más tarde—en el año 1907, para ser exactos—casi todos los Maestros a los que conocíamos íntimamente, alcanzaron el rango de Chohan, y asumieron la responsabilidad del gobierno de sus respectivos Rayos. El que alcanza ese nivel, generalmente no continúa trabajado con discípulos del plano físico, sencillamente porque no tienen tiempo de atenderles; pero nuestros Maestros, en su gran amor y compasión consintieron en seguir relacionándose con aquellos a quienes se habían educado, y así lo han hecho hasta el presente.

No debemos suponer, sin embargo, que aún los Adeptos que toman discípulos emplean mucho tiempo con ellos. El crecimiento del discípulo depende mucho más del firme e incesante efecto de las vibraciones del Maestro sobre sus vehículos, que de qualquier fragmento de instrucción directa que el Maestro pueda ocasionalmente otorgarle. Debe, por consiguiente recordarse, que los Adeptos, que tan bondadosos son al tomarnos como sus aprendices, hacen eso, no en lugar de su ordinaria labor diaria, sino *como adición* a la misma. Ellos se ocupan de la humanidad en masa, más bien que de las personalidades.

Podemos imaginárnoslos como tratando de influir en la opinión pública

levantando nobles sentimientos de simpatía, piedad o patriotismo. Siempre están vigilando, y vigilando, cada cual en su propia línea, para aprovechar cualquier oportunidad favorable y fortalecer el bien o aminorar el mal. El Adepto brilla sobre un cierto grupo de gente—una nación quizá, o sólo una parte de ella, a la manera, que el sol brilla sobre un jardín—y los corazones de los hombres sensitivos de la nación se vuelven hacia arriba, como las flores hacia el sol, que se abren a éste sin saber de donde viene, pero sintiendo que su acción es buena y ennoblecedora.



¿EN DÓNDE ESTÁ?

(FRAGMENTO DE CARTA)

Para buscar la Verdad,
mortal, desciende al abismo
que va dentro de tí mismo,
escudado en la humildad.
Y aunque en triste soledad
vayas por tu áspera ruta,
no desdeñes la cicuta
del sacrificio fecundo
y conquistarás el mundo
de la Verdad absoluta.

Pero si al rasgar el *velo*
buscamos fama y honores,
ser potentados señores,
dueños de mar, tierra y cielo,
pronto se abate ese vuelo
de la osada vanidad,
pues surge la potestad
de la Ley que nos exclama :
honores, poder y fama
son humo en la Eternidad.

C. VÁZQUEZ AMBRÓS

Antofogasta.



KRISHNAMURTI Y LA PROPAGANDA

Tomamos del *Boletín Internacional de la Estrella* la siguiente pregunta que se hizo a Krishnamurti durante el último Campamento de Ommen, y la respuesta que él dió, y que publicamos con autorización del *Star Publishing Trust*:

PREGUNTA: *He perdido todo interés por la propaganda de cualquier idea, incluso de las vuestras. La propaganda me parece que no tiene valor. Estoy sin saber cómo podré ayudar al progreso real de la Humanidad. ¿Qué puedo hacer?*

KRISHNAMURTI: Éste me parece que es el caso de la mayoría de los que estáis aquí. Para descubrir la razón de ese estado mental debéis preguntaros a vosotros mismos qué es lo que tratáis de propagar, si son ideas o algo que estáis viviendo. Si únicamente propagáis ideas, no tienen ningún valor y a nadie le importan; perdéis vuestro interés por esas ideas. Pero si propagáis realidades, realidades vivientes que habéis encontrado por vosotros mismos y con las cuales estáis luchando, batallando en cada momento del día, entonces no es cuestión de propaganda; la gente irá hacia vosotros, no tendréis que ir hacia ella. Si no juzgo mal esta cuestión, al parecer habéis estado propagando ideas de otro, no las realidades que vivís. De aquí la completa pérdida del interés. ¡Cosa muy buena! Porque así os daréis cuenta de que aquellas ideas que habéis estado propagando no han tenido influencia ninguna en vuestra vida, y por eso estaréis ávidos de buscar, de descubrir cuáles son las ideas que os darán la capacidad innata, intrínseca de vivir. Entonces ya no será cuestión de propaganda.

Sé que es una cosa muy sencilla convertir a otros, traerlos a vuestra jaulita particular. Pero el hombre que está realmente viviendo, luchando, anhelante, no desea llevar a otros a su jaula particular; desea que estén libres de todas, las destruye. Por lo tanto, el mero interés en las ideas teológicas, en las discusiones filosóficas y metafísicas, no sirve de nada. Esas cosas son excelentes como gimnasia mental. Mas para las ideas que os dan el perfume de la vida, el interés por vivir, por comprender, por crecer, por asiros a cada experiencia y recoger la riqueza de cada

una, para esas no necesitáis propaganda, para esas no necesitáis tener en cuenta la autoridad de otro. Para esas lo que se necesita es vuestro propio ejemplo; vuestra misma vida señalará a los demás el camino de la comprensión. Por consiguiente, vuestro interés dependerá de aquéllo a que déis importancia en la vida, ya tenga lo que vivís un valor esencial por sí mismo o no. Si no lo tiene, entonces aún permanecéis en las garras del dolor. Si lo tiene estáis saliendo de esa limitación, de esa jaula, de esta cárcel de dolor.

—

He aquí una respuesta que bien merece mediten los que se dedican a la propaganda teosófica. Difícilmente podrá tratarse la cuestión con mayor acierto y desde un punto de vista más elevado.

Para propagar algo, en efecto, es indispensable vivirlo, pues de lo contrario a las gentes no les interesarán las ideas ni las palabras. Si el que propaga la reencarnación se llena de dolor cuando se le muere un allegado, se viste de negro y no sale de casa para hacer más patente su afliccion y su sometimiento a los convencionalismos sociales, ¿cómo va a convencer a los demás de la realidad de su teoría? Si el propagandista de la ley de karma se queja de haber sufrido una gran injusticia porque le hayan quitado un destino, por haber tenido un revés de fortuna o por haber sido calumniado, ¿podrán creer las gentes en la eficacia de su doctrina? Si el que predica la fraternidad es violento, cruel, trata sin consideración y con desprecio a los que están bajo sus órdenes, o tiene la costumbre de hablar mal de sus semejantes, ¿a quién podrá hacer considerado y fraternal con sus predicaciones?

No hay más que un medio de comprobar la verdad de las teorías teosóficas, y ese medio es vivirlas. Cuando se viven, se llega a la absoluta convicción de su gran realidad; y entonces, el propagandista no lo es ya de ajenas ideas, sino de algo propio, de algo íntimo y real que él ha encontrado por sí mismo. Y su ejemplo es entonces, como dice Krishnamurti, su mejor propaganda.

L. G. L.

Los oidos de un curioso, son como las ventosas, que atreen todo lo que hay de malo donde se pegan.

PLUTARCO

La superstición orihina y fortifica a menudo la incredulidad.

SAFI



INQUIETUD HUMANA

Actualmente se nota en los seres humanos una inquietud espiritual que ha hecho a varias personas ir en busca de varias doctrinas, de nuevas verdades que llenen el vacío que sienten internamente.

A las religiones existentes les ha pasado lo que a las aguas estancadas, que se han corrompido por falta de renovación y pureza.

La humanidad, como todas las demás especies inferiores, evolucionan en el devenir de los tiempos, y por eso sus normas de conducta y de justicia deben ir cambiando a medida que progresa.

Por eso vemos que lo que ayer no más nos parecía útil y necesario para la vida, hoy nos estorba o perjudica.

En el terreno religioso y filosófico, el hombre ha buscado ansioso la verdad que lo llene, y esa sed que ha sentido por encontrar la felicidad verdadera, lo ha hecho despojarse a cada paso de sus viejas creencias, y así va en la vida caminando a tientas y a ciegas, buscando fuera lo que lleva dentro de sí.

En cada hombre existe la puerta que conduce a la Verdad Absoluta y esa única entrada es el alma humana.

Las definiciones filosóficas y enseñanzas religiosas que nos han dado los hombres que han visto la verdad en toda su plenitud, no son más que la sombra de aquella realidad, puesto que la palabra hablada o escrita no puede definir lo que sólo el ojo del espíritu ve, y por este motivo dichas referencias no nos sacian.

Si queremos ser sinceros con nuestros anhelos y propósitos, emprendamos cada uno el trabajo de introspección y abramos aquella puerta para que libres y solos pasemos por ella hacia el Reino de la Felicidad de que nos habla Krishnamurti y podamos sentir con la propia experiencia lo que no han podido hacernos sentir ni ver ninguno de los sabios ni instructores del mundo.

Ahora bien, ¿qué se requiere para abrir y franquear aquella puerta? Despejar la mente y el corazón de todo lo que sea innoble y pasajero, aunque nos agrade.

Así como el sediento se vale de su boca para apagar la sed que le abrasa, así el hombre que verdaderamente desea sentir la unidad con Dios, debe valerse de su propia conciencia.

La inquietud humana es un signo de vida, de despertar. Dicho-

so quien siente la rebeldia que preside a la paz interna y a la omnisciencia.

Para nosotros, lejos de preocuparnos el caos de ideas y creencias que se ha venido formando en estos últimos años en el mundo, nos llena de fe y presentimiento de un despertar glorioso de la mayor parte de la humanidad.

Así como el relámpago surge de la nube en las tempestades atmosféricas, así brilla la luz en la conciencia del hombre en las noches tempestuosas de su alma.

RAFAEL RAMÍREZ D.

Comayagüela (Honduras)

EL TEATRO MAESTRO

EL Teatro, este espejo de la vida, es un moldeador formidable del alma de las multitudes y del alma de las selecciones. Porque actúa simultáneamente sobre el ser humano entero: sentidos, alma, espíritu. Obra por ejemplaridad, por una acción elocuente, real también y más intensa que la vida.

Su influencia es principalísima en el bien como en el mal. Si no representa una escuela de belleza, de renacimiento y de verdad, deviene fatalmente una escuela de repugnancia, de mentira y de muerte. Que se convierta en esclavo del lujo, de la especulación industrial y de la frivolidad, como en nuestra ciega sociedad, y el teatro apenas será otra cosa que el engañador y cambiante reflejo de los vicios, de la ignorancia y bajeza de nuestra época.

Mas colocad en su propio centro al alma consciente con todos sus poderes; haced que irradie la divina Psiquis su llama incandescente, desplegad sus alas, y el teatro será el espejo de la más noble vida, el educador del pueblo, el iniciador que conduce al hombre al través de la Selva.

Este fué el teatro de ciertas épocas privilegiadas. Y existirá de nuevo más plenamente, más conscientemente, el día en que unos cuantos elegidos se capaciten de su poderío y sepan llevarlo a la práctica con la armadura sólida de los principios y de las voluntades.

Creo que el teatro del porvenir será muy variado y múltiple, pero que se subdividirá en *tres formas principales que serán como tres grados de la vida, de la conciencia y de la belleza.*

Actuará primeramente el *Teatro Popular,* provincial y campestre que, descendiendo hasta el pueblo, despertará su alma soñolienta por sus más nobles instintos y sus más poéticas tradiciones. Es el teatro deseado por Michelet, el que Maurice Pottecher, por nobilísima iniciativa, intentó actualizar en los Vosgos, el que Le Braz y Le Goffic intentaron restaurar en Bretaña, representando en lengua celta los viejos misterios bretones.

Seguirá luego el *Teatro de la Ciudad* que más propiamente llamaríamos *Teatro de Combate,* que estudiará la realidad contemporánea con penetrante mirada, observación aguda y profunda simpatía. Ibsen, Tolstoy, Hauptmann, Francisco de Curel, nos han proporcionado, de este teatro, señalados ejemplos.

Y habrá, por fin, el teatro de los electos, que podríamos llamar *Teatro del Ensueño* por su característica esencial y al que yo llamo *Teatro del Alma* por su fundamento inspirador y que evocará una elevada humanidad sobre el espejo de la historia, de la leyenda y del símbolo. Esta humanidad, por ser ideal, no será menos palpitante de vida y de verdad.

Shakespeare dijo estas profundas verdades: «Estamos hechos de la tela de nuestros sueños». Podríamos invertir su pensamiento y decir: Nuestros pensamientos están hechos de la sangre de nuestra vida. Son la respiración y la aspiración de nuestras almas».

Este Teatro del Ensueño, este teatro que relatará, en la leyenda de la Humanidad, la Gran Obra del Alma, me atrevo a asegurar que será elevada y profundamente religioso, puesto que intentará unir lo humano a lo divino, proyectando sobre el hombre terreno el reflejo y la sanción de este trascendente mundo, del Más-allá en el cual todos creemos tras formas diversas, no actuando más que en nombre de sentimientos infinitos e ideas eternas.

Entonces los poderes espirituales, los Dioses que en la tragedia griega se hallaban presentes en el alma de los espectadores, aquellos Dioses que invocaba el poeta y que hablaban por medio de los coros y que en ciertos momentos aparecían bajo forma humana, integrarán el teatro futuro al través de modalidades nuevas, planeando sobre él.

Un teatro concebido al través de tal espíritu, no será ya más simple diversión o especulación financiera, sino que se convertirá en una actuación social y será a manera de iniciación de las almas en la fiesta de la Verdad y de la Belleza.

EDUARDO SCHURÉ

De *Le Théâtre de l'Ame.*

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Cosas del Espiritu
Dr. J. R. Villaverde
Habana

En el diario habanero *El País,* a medianos de 1928, el culto abogado y distinguido escritor Dr. José R. Villaverde, empezó a publicar una serie de artículos altamente interesantes, bajo el epígrafe común de «Cosas del Espíritu». Hoy su autor los ha recopilado, formando con ellos un libro de gran valor educativo.

El principal mérito de la obra estriba en su amenidad derivada de su origen periodístico. Destinada al gran público, entre el cual habría seguramente muchas personas que leían escritos sobre estos temas por vez primera, vióse el autor obligado a transcribir sus ideas bajo una forma sencilla, breve e interesante, condiciones que ponen a prueba las facultades de un escritor. Es preciso reconocer que el Dr. Villaverde ha resuelto magistralmente esta dificultad.

Principia el libro con la descripción de una serie de fenómenos psíquicos que comprende desde simples premoniciones hasta las sensacionales materializaciones de Kate King, efectuadas estas últimas bajo el control del eminente físico Crookes. En todos ellos la precisión en nombres, muchos de ellos de personas conocidísimas, fechas y lugares, junto con la maravillosidad de los hechos que se describen, son apropósito para despertar la curiosidad, aquella especial inquietud, del lector neófito en estas cuestiones.

Y después, cuando el lector ya está debidamente preparado, con la difícil sencillez que es privativa de los talentos verdaderos, expone el Dr. Villaverde las enseñanzas fundamentales de la Teosofía. Las doctrinas del Karma y de la reencarnación son dadas una vez más en forma asequible a todos; explica que es el Ocultismo y quienes son los ocultistas; trata de los Constructores invisibles o Devas; de los futuros sentidos del hombre y del mejoramiento de éste; advierte los peligros del espiritismo cuando se practica sin la debida pureza de cuerpo y de intenciones; recoge después diversas opiniones de tratadistas católicos respecto a los fenómenos espiritistas y sus orígenes, de las cuales las hay para todos los gustos; y finalmente termina el libro con una breve insinua ción respecto a la existencia del Sendero que conduce hasta los mismos pies de los Maestros Adeptos.

D. Gastón Mora ha puesto a esta meritísima obra un precioso prólogo que acredita en alto grado su vasta cultura.

Y para terminar hacemos constar nuestra satisfacción al ver como la prensa diaria cubana se ocupa periódica y extensamente de cuestiones espiritualistas, cosa que en España, que sepamos, no ha hecho ningún periódico todavía.—*J. de V.*

NOTICIAS Y COMENTARIOS

La Dra. Besant en la India.—Copiamos de *Teosofia en la India:* «Nuestra Presidente llegó a Bombay el 17 de octubre, tal como se había anunciado. Según noticias recibidas de Bombay estaba muy fatigada por los rigores del viaje, el cual, actualmente no es una experiencia muy agradable para ella. La Dra. Besant permaneció algunos días en Bombay antes de proseguir su viaje a Adyar. Las noticias que respecto de su salud se tienen de Adyar son, sin embargo, muy satisfactorias.

Las declaraciones que hizo al representante del *Indian Daily Mail* no dejarán lugar o duda alguna respecto a su actitud hacia el Congreso Nacional de la India y su presente política. Aunque no había ya justificación para dudar de cual sería su actitud. Está preceptuado, como de costumbre, por las normas de lo que ella llama el Plan, y por lo tanto, cualquier cosa que no esté en armonía con él nunca podrá reclamar su cooperación o siquiera su simpatía. A continuación van algunos extractos de la entrevista que tuvo con dicho representante, diciendo:

«Por ser ex Presidente del Congreso Nacional de la India soy miembro del Comité del Congreso de la India. Pero soy, como siempre he sido, contraria a la desobediencia civil. Nuedo comprender a la gente que no aprueba una ley determinada y conscientemente rehusa obedecer esta ley o a quienes quebrantan esta ley conociendo cuales son sus consecuencias y estando preparados para arrostrar estas consecuencias. Pero esto es una cosa muy distinta de la total condenación de todas las leyes en general.

Tuve un gran disgusto al enterarme de las numerosas detenciones practicadas entre los miembros del Comité del Congreso, muchos de ellos hombres destacados en la India. Sobre estos hechos he hablado muy enérgicamente en Inglaterra.

No estoy dispuesta a impulsar a los más jóvenes a un quebranmiento general de las leyes, lo que posiblemente les llevaría a la muerte, cuando desapruebo esto como método de propaganda política.

Creo terminantemente que nadie debe ser encarcelado sin las debidas pruebas, y si uno es de tal suerte detenido debería ser juzgado públicamente.»

El extracto siguiente es del corresponsal en Madrás de *The Leader*, acerca de la Dra. Besant dice:

«Se dice de ella haber manifestado que todavía tiene mucho que hacer tanto por la Sociedad Teosófica como por la India. Su ardor por trabajo es casi sin paralelo. En realidad, sin esta pasión por el trabajo

difícilmente podría sobrevivir. Es por el bien del mundo que a despecho de sus 84 años está siempre dispuesta al servicio. ¿Cual és el indo que no alienta el deseo de que esta octagenaria servidora de la Humanidad llegue a centenaria, siendo vívido ejemplo de inegoista trabajo por la causa del Progreso Humano tanto en Oriente como en Occidente.»

Hemos copiado estos fragmentos para dar a conocer sus opiniones sobre el problema de la India, que después de todo y por lo que respecta al movimiento teosófico siempre es interesante conocer.

Convención anual de la S. T.—La Convención anual de la Sociedad Teosófica según estaba dispuesto, debe celebrarse en Benares (India) durante los días 25 al 29 de diciembre. La Dra. Besant debe presidir y dar la primera conferencia de la Convención. Además de los asuntos inherentes a la labor de la Convención habrá conferencias públicas a cargo de la Dra. Besant, Sres. Jinarajadasa, B. Sanjiva Rao y E. Wood. Se espera que el Sr. Leadveater también pueda estar presente en los trabajos de la Convención.

Tan pronto como tengamos noticias de la labor efectuada y de las conferencias desarrolladas lo notificaremos en esta misma sección.

Preguntas y respuestas por C. W. Leadbeater.—Insertamos algunas preguntas y respuestas hechas al Sr. Leadbeater en París cuando se dirigía al Congreso de Ginebra el verano pasado, por considerarlas de capital importancia dado el estado actual del movimiento teosófico.

Pregunta: ¿Cual debe ser la actitud de la Sociedad Teosófica con respecto a la nueva era que ahora comienza?

Respuesta: Uno de los primeros objetos de la S. T. es constituir un núcleo de la fraternidad universal de la humanidad, y en toda edad, nueva o antigua, es necesario realizar este objeto. Se podrán descubrir métodos nuevos y mejores para dar más fuerza a este núcleo de fraternidad, pero el deber permanece siempre el mismo: difundir este mensaje, tender hacia este objeto hasta que el mundo entero reconozca la fraternidad y se asocie a esta gran idea.

La Sociedad Teosófica tiene igualmente el deber de enseñar a los demás lo que a ella se le ha enseñado, prapagar esta magnífica filosofía que explica lo que, de otra manera, permanecería inexplicable. Por los que nos han dado esta enseñanza nosotros debemos esparcir ampliamente su mensaje, de tal manera que aporte a los demás el mismo gran bien que ha nosotros nos allegó. Este es un deber que se impone en todas las edades.

Indudablemente que un cambio se producirá en esta era, en la subraza que actualmente se está formando, pero influirá más bien en los métodos de trabajo que en la substancia y en el fundamento del men-

saje teosófico de la fraternidad, que consiste en propagar el glorioso evangelio de la Sabiduría Divina.

Y este deber será siempre el mismo, mientras quede en el mundo un hombre a quien este mensaje no haya sido presentado.

Pregunta: ¿Es tan cierto al presente como lo era hace algunos años la afirmación de que uno de los mejores medios de llegar a los Maestros de Sabiduría consiste en el servicio de la Sociedad Teosófica?

Respuesta: Muy cierto, las verdades permanecen siempre las mismas aún que los individuos adquieren un nuevo valor al tomarlas en consideración.

Pregunta: ¿Es igualmente cierto que la Gran Logia Blanca está siempre interesada en el trabajo de la Sociedad Teosófica?

Respuesta: Sí, esto es exacto, por que son los Maestros de esta Logia quienes han fundado la Sociedad y ésta es a sus ojos la piedra angular de todas las religiones del futuro. Recordad también que la Gran Logia Blanca está interesada en todas las actividades que tienden al progreso del hombre y a asegurar su evolución.

Entendemos que la primera de estas respuestas es suficiente por sí sola para desvanecer la zozobra e indiferencia que ha hecho presa en algunos de los miembros de la S. T. a causa de la enorme sacudida que en estos tiempos sufren todos los ideales. Pero creemos firmemente que abriendo el corazón, por poco que sea, al servicio de los demás, tratando de colaborar al gran plan de fraternidad y estudiando pacientemente para vivir y propagar este «glorioso evangelio de la Sabiduría Divina.»

El segundo milenario de Virgilio.—En Barcelona, como en casi todas las principales capitales del mundo. se ha celebrado el segundo milenario del nacimiento de Publio Virgilio Maron. nacido en Andes (hoy Piétola), el 15 de octubre del año 684 de la Era Romana (69 a. C.).

Este «altísimo poeta» como le llamó Dante, ha sido durante diez y nueve siglos el poeta por antonomosia, y desde luego el más prestigioso y celebrado de los hombres de la antigüedad. Autor de las «Eglogas», «Geórgicas» y «La Eneida» demuestra que adquirió sus conocimientos en la eterna fuente del saber inmortal que, desde la infancia de la humanidad hasta nuestros días, brinda sus raudales a todo el que con empeño y constancia la busca.

Visto a la luz de la teosofía se presenta como un genuino y sabio Iniciado, brindando bajo la regalada miel de la alta poesía verdaderos tesoros de ciencia y sabiduría eternas. Véase por las palabras puestas en boca de Anquises (vers. 715-16-17, y siguientes) de «La Eneida».

«Esas almas, destinadas por el hado a animar otros cuerpos, están bebiendo en las tranquilas aguas del Leteo el olvido de lo pasado»,.....

«Desde el principio del mundo, un mismo espíritu interior anima el cielo y la tierra... y el sol y las estrellas; difundido por los miembros, ese espíritu mueve la materia y se mezcla al gran conjunto de todas las cosas; de aquí el linaje de los hombres y de los brutos de la tierra, y todos los mónstruos que cría el mar bajo la tersa superficie de sus aguas. Esas emanaciones del alma universal conservan su vigor ígneo y su celeste origen mientras no están cautivas en toscos cuerpos y no las embotan terrestres ligaduras y miembros destinados a morir; por eso temen y desean, padecen y gozan; por eso no ven la luz del cielo, encerradas en las tinieblas de oscura cárcel. Ni aún cuando en su último día las abandona la vida, desaparecen del todo las carnales miserias que necesariamente ha inoculado en ellas, de maravillosa manera, su larga unión con el cuerpo; por eso arrostran la prueba de los castigos y expían con suplicios las antiguas culpas. Unas, suspendidas en el espacio, están expuestas a los vanos vientos; otras lavan en el profundo abismo las manchas de que están infestadas, o se purifican en el fuego. Todos los manes padecen algún castigo, después de lo cual se les envía a los Elíseos Campos, mansión feliz que alcanzamos pocos, y a la que no se llega hasta que un larguísimo período, cumplido el orden de los tiempos ha borrado las manchas inherentes al alma dejándola reducida sólo a su etérea esencia y al puro fuego de su primitivo origen». «Cumplido un período de mil años, un dios las convoca a todas en gran muchedumbre, junto al río Leteo, a fin de que tornen a la tierra, olvidadas de lo pasado y renazca en ellas el deseo de volver nuevamente a habitar en humanos cuerpos»...

En la antiguedad estas enseñanzas sólo se daban en los «Misterios» de los Templos, y únicamente a quienes eran dignos de ello.

(De *Elevación* de Tucumán.)

La Teosofía y la Ciencia.—Copiamos del *New & Notes*: «El Occidente está actualmente mucho más inclinado a las teorías inmateriales del universo que lo estaba cuando se publicó «La Doctrina Secreta» por primera vez en el año 1889. Sir James Jeans en *The Mysterious Universe*, noviembre de 1930, dice: ...«Estos conceptos reducen el universo entero a un mundo de luz, potencial o existente»... (pag. 77) «...el universo entero empieza a semejarse más bien a un gran pensamiento que a una gran máquina. La mente ya no aparece como un accidental intruso dentro del reino de la materia; empezamos a sospechar que más bien deberíamos saludarla como el creador y gobernador de este reino —por supuesto, no nuestras mentes individuales, sino la mente en la que los átomos, con los cuales nuestras mentes individuales han sido formadas, existen como pensamientos...» y más adelante en la pag. 149: «...Descubrimos que el universo muestra evidentemente un designio o poder gobernante que tiene algo en común con nuestras propias mentes individuales...»

Comparemos estos pensamientos con lo expuesto cuarenta años atrás por H. P. Blavatsky en «La Doctrina Secreta»:

«...el mineral—el cual en si mismo es luz cristalizada e inmetalizada». Vol. II, 179. Y en el vol. I 144: «...Las ideas existentes en el Pensamiento Divino son impresas en la Substancia Cósmica como Leyes de la Naturaleza». Aunque no hay necesidad de creer en la inspiración verbal de la Doctrina Secreta, aparece claro que quienquiera escribiese las palabras, Maestro o discípulo, un intento fué hecho para describir ciertos procesos en la naturaleza. Los filósofos modernos, científicos y psicólogos, verdaderamente están procurando describir la misma realidad, y es de razón para el estudiante teósofo adoptar la misma actitud hacia ambas presentaciones.

Algo parecido a lo que acabamos de transcribir del *News & Notes* pensábamos reproducir del sabio alemán Prof. Einstein. Recientemente en unas declaraciones suyas ha manifestado que el universo no descansaba en leyes de energía o de materia, sino de Inteligencia. Lo que equivale a decir que el universo no es materia ni energía, sino Inteligencia. Este mismo pensamiento ha sido expresado miles de años atrás por los sabios de la India, al decir que el universo es un pensamiento de Dios, y por los Iniciados de todas las épocas al decir que el universo es todo akasa, es vibración, es la palabra, es luz, es una manifestación de Dios.

«El mono desciende del hombre».—En las postrimerías del pasado siglo, y casi en la mayor parte del siglo XIX, el entusiasmo, el amor, la admiración y el respeto por la ciencia, constituyeron una superstición. Todo se sometió a su dominio. El arte mismo, tan altivo, se arrodilló ante el paso de su carro triunfal. Darwin, con su teoría de la evolución, embriagó el mundo; Zola creó la novela experimental y Comte edificó el programa de religión positivista.

La idea de que el hombre es un humilde descendiente del mono, enloqueció a todos los espíritus. Pero, en medio de este banquete de triunfos materialistas, surgió una mujer admirable, heroina extraña y desconcertante que arremetió contra las ideas victoriosas, y en 1892 lanzó el segundo tomo de su «Doctrina Secreta». En la primera parte de ese volumen, en su gigantesca «Antropogénesis», Elena Petrowna Blavatsky se atrevió contra el ídolo y declaró: —Es el mono el que desciende del hombre...

Europa entera aseguró con elegante desdén que esa señora estaba loca. Y Elena Petrowna Blavatsky, con su certeza inconmovible, agregó: —Antes que el hombre los monos no existieron, y se extinguirán antes que aparezca nuestra Séptima Raza.

—Eso es atreverse contra la ciencia,—gritaron todos. —¿Por qué contra la ciencia?—Preguntó Elena Petrowna.—¿Acaso el señor Darwin es la ciencia?— ¿Acaso se ha encontrado el eslabón perdido que une la mano horrible del simio con la diestra triste del hombre?

El doctor Max Westenhofer, que acaba de llegar a Santiago, ha obtenido ruidosos triunfos con sus estudios antropológicos sobre el origen del hombre, y en el trabajo presentado al Congreso de Salzburgo dejó demostrado, en forma brillante, que el mono desciende del hombre y no el hombre del mono.

Como decía H. P. B.

(*El Mercurio* de Santiago.)

Imprenta de Juan Sallent.—San Quirico, 32 y Jovellanos, 26 al 28. — Sabadell

Teosofía y Sociedad Teosófica

La palabra *Teosofía* significa «Sabiduría divina». La Teosofía es a la vez una filosofía, una igión y una ciencia; pero, opuestamente a lo que muchos pueden creer, no es una religión eva: es, por decirlo así, la síntesis de todas las religiones, el cuerpo de verdades que consuye el fondo de todas ellas.

La adhesión incondicional a la Verdad es su credo, y honrar toda verdad por los propios tos es su ritual.

Los miembros de la Sociedad Teosófica están ligados entre sí por sólidos lazos de mutuo speto y amplia tolerancia, a la vez que por una aspiración única: la investigación de la Verd, donde quiera que se halle.

Estudiar, inquirir, trabajar con ahinco para llegar a la intuición verdadera, esto es, a la rcepción clara y directa de la Verdad: he aquí el constante afán del teósofo. De ahí el lema optado por la Sociedad Teosófica: NO HAY RELIGIÓN SUPERIOR A LA VERDAD *(Satyât nâsti ro dharmah)*.

La Teosofía pone de manifiesto que, por la sencilla razón de que la Verdad no puede estar pugna consigo misma, lejos de ser antagonista e incompatible la verdadera Ciencia con la rdadera Religión, reina entre una y otra la armonía más perfecta.

Ayudar a la investigación de la Verdad, aportar al mundo nuevas y sublimes enseñanzas, undir en la mente ideas de altruísmo, abnegación y espíritu de sacrificio, poner fin a fanáas intolerancias y enconados antagonismos, a odios inveterados de raza, clase y nacionalidad e acibaran la existencia, cimentar la sociedad humana sobre una firme base de paz y amor aternal, acelerar la evolución del hombre fomentando su progreso intelectual y moral, elevar a humanidad, mediante el desarrollo de sus facultades más nobles, hasta un grado de perción muy superior al que ahora tiene, en una palabra, hacer del hombre un superhombre, un r semidivino: estos son los fines para que fué fundada la Sociedad Teosófica en Nueva York, día 17 de Noviembre de 1875, por la veneranda H. P. Blavatsky y el coronel H. S. Olcott, cuyo actual Presidente es Mrs. Annie Besant, residente en Adyar (Madrás), India inglesa, nde está el Centro principal de la Sociedad, cuyas Ramas se han ido extendiendo rápidaente por todo el orbe.

Objetos de la Sociedad Teosófica

1.° Formar un núcleo de Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, eencia, sexo, casta o color.

2.° Fomentar el estudio comparativo de las religiones, literaturas y ciencias de los Arios de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en hombre. (Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica a este objeto).

La adhesión al primero de estos objetos es indispensable requisito para cualquiera que desee gresar en la Sociedad Teosófica.

A ninguno de los aspirantes se le pregunta acerca de sus opiniones religiosas ni políticas; ero en cambio se exige a todos, antes de su admisión, la formal promesa de respetar las creenas de los demás miembros.

Libertad de pensamiento

Como quiera que la Sociedad Teosófica se ha difundido ampliamente por todo el mundo vilizado y cuenta en su seno con miembros de todas las religiones que no renuncian a los dogas peculiares de su respectiva fe, conviene tener muy presente que ninguna doctrina ni opión, sea quien sea quien la enseñe o mantenga, liga en modo alguno a ningún miembro de la ociedad, pues todos son libres de aceptarlas o rechazarlas. El único requisito exigido para rmar parte de la Sociedad Teosófica es la aceptación de sus tres objetos. Ningún instructor tratadista, desde H. P. Blavatsky abajo, tiene autoridad para imponer sus enseñanzas u opiones a los miembros. Todos los miembros tienen igual derecho para adherirse al instructor a la escuela filosófica de su elección; pero no tiene derecho para forzar a otro a que abrace misma opinión. A ningún miembro de la Sociedad Teosófica se le puede negar el derecho de oto y el de ser candidato a los cargos oficiales por causa de las opiniones que mantenga o de escuela filosófica a que pertenezca, pues las opiniones y creencias no confieren privilegios infligen penas. Los miembros del Consejo General ruegan encarecidamente a todos los iembros de la Sociedad Teosófica que mantengan y defiendan estos fundamentales principios la Sociedad, que obren de conformidad con ellos y sin temor alguno ejerzan su derecho de ertad de pensamiento y el de su consiguiente expresión, dentro de los límites de la cortesía consideración a los demás.